
NO HAY RELIGION MAS ELEVADA QUE LA VERDAD

REVISTA TEOSÓFICA

L
OTO
LANCO

Federico Climent Terrer
Director

Dirección y Administración:
Condal, 32, 2.º 2.ª BARCELONA
Apartado 954 (España)

Homenaje al Dr. Mario Roso de Luna

UMARIO

ÑO XVI ENERO 1932 Núm. 181



Dr. Mario Roso de Luna

Enero 1932 Núm. 181

EL LOTO BLANCO

REVISTA TEOSÓFICA

Órgano de relación entre los teósofos españoles e hispano-americanos

FEDERICO CLIMENT TERRER - Director

In memoriam

A D. Mario Roso de Luna

El Loto Blanco, honrado durante tantos años con la continua colaboración del gran sabio desaparecido, D. Mario Roso de Luna, aparece hoy convertido en un gran incensario en el póstumo homenaje al Maestro. Toda la sabiduría que en vida derramó, abundosa, como don al mundo ibero-americano al través de estas páginas, se convierte hoy en esencia de gratitud, en ardiente resina de recordación. ✠ Semejante al humo sacro de las consagraciones, pueda llegar, en su ascensión impalpable, a donde el Maestro mora y le diga cuan caro e inolvidable ha sido y será para nosotros el trazo de su vida y el monumento de su obra.

La Redacción



MARIO ROSO DE LUNA

NUESTRO GRAN AUSENTE

A manera de funeral.....

¿Para qué evocar en estos momentos, sobre el horizonte de la Teosofía hispánica el obscuro sudario de la muerte cuando aparece ésta como transfiguración y ofrenda, como restitución y cambio y no como noche obscura sinó como un alba clara?

Nuestra despedida al maestro en este plano, no puede ir revestida de luto y llanto. El no lo quiso. «No me lloreis, no me guardeis luto» nos dijo sonriendo, antes de expirar.

Tórnate, pues, elegía de muerte, hosanna de vida; el «adiós» definitivo de la despedida, el «hasta luego» de la ausencia, que es promesa y esperanza.

Ultra el rasgueo opaco de la pluma, llegue al alma amada de D. Mario, como una promesa fervorosa y densa, desnuda de lirismos, la esencia de nuestro funeral silente que deje en el alma de todos los consagrados la sensación de una barrera derribada y de una áurea bandera izada : la barrera que separa la ilusión de los planes intercósmicos y la bandera que ondeó, gallarda, sobre la obra del maestro ausente.....

Nació.....

En Logrosán, pueblecito minero de la áspera región de Extremadura, en 1872, rollizo y rubio como un ángel de Rubens, Mario Roso de Luna, de singularizada e intelectual prosapia.

¿Qué símbolo de anunciación figuraron los astros sobre aquel pedacito de tierra extremeña, al primer grito del infante rubio?

Más tarde, aquel mismo pueblecito de Logrosán que cantara sus cándidos arrullos rurales junto a su cuna predestinada, debía estremecerse de orgullo ante su grandeza.

Juan Luis Cordero, el cronista, escribió entonces : «Yo amo en Roso de Luna a mi patria chica y al asociarme a su homenaje quisiera gozar de la suficiente autoridad para convencer a los hombres de ciencia, a los escritores, a la Prensa y a los diputados y

senadores extremeños, de que, al honrar a Roso, honramos el espíritu y el símbolo de esta tierra parda y fecunda.....»

Y Santiago Sanchez Mora : «La raza extremeña, fuerte y sobria, no ha desaparecido. Se ha transformado únicamente. Hoy no conduce victoriosas mesnadas por los imperios indios. Pero sabe, en cambio, iluminar con lumbres de ciencia y de ideal las triunfantes huestes del progreso por medio de este maravilloso "Poeta de las Nebulosas".....»

Dió, entre cuidados y mimos, los primeros pasos. Y pronto, la frecuente y temprana visión del cielo abrió a su alma, por las ventanas de las pupilas pasmadas en su maravilla, el panorama interior de lo infinito. La luz de unos ojos excrutadores puede encender, a un tiempo, las dos inmensas antorchas en las tenebrosidades que se llaman la noche del cielo y la noche del alma : la Revelación y el Conocimiento.

Y así fué. Cuando después, ya maduro, el cuerpo de las verdades teosóficas llegó a sus manos, poseía ya, por remembranza de su pasado iniciático, la verdad digerida, vivida, sazonada, hecha carne y sangre, magnetismo y lumbre, conciencia y vida. La más absoluta ausencia de títulos y pergaminos no hubieran podido hurtar, a este gran teósofo que se llamó Mario Roso de Luna, la estructuración de unos principios vitales y trascendentes que trajo a este mundo para don de todos impreso en las células de su organismo y formulado subconscientemente en su temprana filosofía y en su fe de niño.

Creció.....

Vivaz y romántico, precoz en el estudio, adelantado en vivir y en comprender. Ansioso de creer y de adorar, vertióse como blanda arcilla en el molde del dogma católico. Tuvo visiones apocalípticas y fervores ascéticos.

Atravesó una honda y persistente crisis de pubertad y en 1889, paseando convalesciente con su padre por una senda de la campiña logrosaniega, vió, por vez primera, a un adepto, de imponente y bellísima figura pasar por su lado, con tan leve paso, que parecía no tocar al suelo. El contacto de su aura fué tan intenso que el joven Mario, transfigurado, derramó abundoso llanto. Al cabo de siete días se hallaba completamente curado.

«Pocos años después, en 1893 y previa no se qué especie de premonición, cruzando por aquellos mismos lugares, descubrí un astro nuevo, de cuarta magnitud..... ¡Era el cometa que lleva mi nombre!» relata D. Mario.

Cruzóse otra vez con un perro hidrófobo y al abrir éste la boca

para hincar los dientes emponzoñados en su pantorrilla, quédose milagrosamente parado en esta actitud, sin morderle.

No permiten los límites de unas notas biográficas relatar sus asomos de clarividencia, sus previsiones y, sobre todo, el gran poder protector que tantas veces, oportunamente y en determinados períodos de su vida, se manifestara. De ser así la biografía, sin dejar de ser tal y ajustarse a la verdad más estricta, parecería un cuento de «Las Mil y Una Noches». ¡Tan por cima de los corrientes acontecimientos se deslizara su existencia humana!

Al escribir pensamos si, para dar más incisión y arrojo a la pluma, precisaría la lente de los años, el marco de gloria y de justicia que únicamente confiere el tiempo.

Sus estudios universitarios

Trasladóse, ya hombre, a la entonces villa y corte de España y sus asombrosas facultades le aquistaron la amistad y predilección de la intelectualidad madrileña. Logró con poco esfuerzo licenciarse en las facultades de Ciencias Físico-Químicas, Filosofía, Letras y Derecho.

Reconociósele pronto como prominente astrónomo en los Observatorios de Europa y por desgracia, menos en el de España que no coadyuvó a su merecida gloria de descubridor.

Se sumió en la abstracción de las matemáticas y en la filosofía de los clásicos. Compenetróse, viajando, con la psicología de los pueblos europeos.

Fué éste el recio y bien cimentado pronaos de su Templo. Pronto el karma levantaría el velo.

Su segundo nacimiento y la noche espiritual

Dejemos que él mismo nos relate en «Conferencias Teosóficas en América del Sur» cómo llegó a su conocimiento la Teosofía y cómo desveló sus ocultas latencias :

«Helena P. Blavatsky me había revelado un mundo completamente nuevo tras mis dieciocho años de estudios universitarios, allá en 1902. Convencido entonces de mi ignorancia *ilustrada,* puedo asegurar que desde aquel dia de marzo, una nota secreta, constante como un mantram, dulce y augusta como música pitagórica, avasalladora e indeclinable como kármica voz del Destino, resonaba en lo más profundo de mi ser al modo de aquella otra que al Judío Errante de la leyenda le musitase siempre al oído : "Anda, anda, anda...!"

Caminé lo mejor que pude y en los siete primeros años de

aprendizaje teosófico, la *Noche Espiritual* se cernió sobre mi. Una noche verdaderamente hiperbórea, iluminada apenas por las fugaces auroras polares nacidas de mi corazón de impenitente idealista. En lo que podía apreciar, estaba solo, completamente solo.

Bien o mal, cumplí mi deber. Estudié, conviví la vida teosófica. Busqué a mis hermanos. Di conferencias. Escribí cuanto pude en periódicos, revistas y libros para comunicar a los demás el santo fuego que en mi pecho ardía. Mas todo en vano. Como teósofo fracasé en mi pueblo, entre los míos. Fracasé en Extremadura, mi región querida y casi me tenía por fracasado en la propia capital de mi patria donde podía continuar parafraseando al poeta cuando dijo :

Mi vida es un erial;
flor que toco, se deshoja,
y en mi camino fatal
alguien va sembrando el mal
para que yo le recoja.

Pero cada uno de mis aparentes fracasos era en el fondo un completo triunfo sobre mi mismo pues me impulsaba, a fuer de indómito, a buscar siempre un radio mayor de acción.

Así, desde 1907 había trocado mis mayávicas preferencias patrias por un santo amor a nuestra Raza, esta que se alza gigante sobre las dos orillas del Atlántico y se asoma, llena de esperanzas de bendición, a las vastas soledades del Pacífico. Esta raza en fin, mitad protoamericana, mitad ibera, debida al épico esfuerzo de mis viejos paisanos extremeños a quienes la envidia o la frivolidad o la ignorancia no ha hecho todavía justicia.»

Aparte de la doctrina teosófica en la que se embebiera sin cesar durante luengos años enteros, sin dejar la asimilación de una sola cita de «La Doctrina Secreta» de Blavatsky, su gran Maestra, el sentimiento teosófico, el desvelo *mater* de su alma andrógina fué como una lumbre de utopías vividas para muchos. Era un romper con la cáscara egoista de los convencionalismos, imponiéndose la augusta divisa de dar, de comprender, de tolerar, de achicarse en lo externo para acercarse a la pequeñez, de postrarse, comprensivo, ante toda grandeza.

Y así pronto pareció un niño grande, sin malicias, lleno de arrobos y de fulguraciones. Embrujado lo llamaban unos, Mago logrosaniego los más, Quijote los que oteaban sobre algnna cima su obra perdurable y su significación presente.

Enediel Shaiah nos dice de él :

«Como el gran matemático Wronski, Roso de Luna, profundo conocedor de la ciencia de la cantidad, elévase desde este campo

al de las más altas concepciones de la Metafísica del Ocultismo. Como los ilustres Zollner, Gauss, Helmotz, Lobatschewsky, Riemann y Spotiswoode, el estudio del Álgebra y de la Geometría le lleva al de la cuarta dimensión de los cuerpos y otras sucesivas y así Roso de Luna halla una feliz demostración de los diversos planos de la existencia substancial, demostración matemática de un valor definitivo que nunca los teósofos le podrán agradecer bastante. Como el renombrado Crookes aplica a la Física el estudio de las seriaciones numéricas y halla formada por la naturaleza misma la prodigiosa pauta de fuerzas conocidas y de lugares de la serie que corresponden a las ignoradas, estableciendo una elocuente identidad entre lo que la ciencia ya sabe y entre lo que la doctrina esotérica descubre. Como los ilustres químicos Wendt y Mendeleef, pide al número y a la serie el gran misterio de la unidad de la materia y al hallarle redime a los alquimistas, con elocuentes razonamientos, de un injustificado desdén. Como astrónomo, el autor de «En el Umbral del Misterio» que goza de una reputación bien merecida y es descubridor de un cometa que lleva su nombre, establece las bases de una científica explicación del origen y desarrollo de los mundos donde impera el criterio del Ocultismo y como antropólogo y arqueólogo halla en ciertas piedras de Extremadura muy curiosas revelaciones legadas por una remotísima antigüedad en raros monumentos jeroglíficos y paleográficos donde por el análisis de hábiles cronologias sidéreas, Roso de Luna descubre el testimonio histórico de la Humanidad que pobló el famoso continente de la Atlántida.

Si, puedo asegurarlo. Roso de Luna obtuvo esa iniciación en los más altos misterios de la ciencia por esfuerzo propio antes que nadie oyera hablar de la Teosofía ni del Ocultismo. Y cuando supo lo que predicaban tales doctrinas, cuando leyó algunas publicaciones de esta clase, regocijado por la tan, al parecer, sorprendente coincidencia de opiniones, buscó con ansia a sus desconocidos hermanos en creencias y apresuróse a brindarles su más incondicional adhesión y concurso.

Así fué como Roso de Luna vino a llamar a las puertas de la Sociedad Teosófica en España; así fué como se incluyó en las huestes de los teósofos y así fué cómo los teósofos pudieron incluir en sus cuadros un nombre digno de tanto respeto.

La labor de Roso de Luna en la Sociedad Teosófica

D. Mario Roso de Luna ha sido la más legítima gloria de la Teosofía hispánica. Por él interesáronse en los estudios trascen-

dentes lo más selecto de la intelectualidad española y, merced a su envergadura enciclopédica y poligráfica, la Teosofía ha ocupado honorable lugar en tribunas y en la Prensa, hasta, alguna vez, durante el pasado período obscurantista.

Enediel Shaiah pudo decir por él de la Sociedad:

«Cuando Roso de Luna llamó a las puertas de la Sociedad Teosófica, ésta pudo sentir la más legítima de las satisfacciones. Demandábale el paso un hombre de ciencia, un sereno y original contemplador de las verdades universales, un teósofo iniciado, no por las rapsódicas enseñanzas de cualquier propagador de más o menos teosófico fuste, sinó por la iluminación del espíritu, por la luz que en la mente engendra la alta reflexión de los misterios del Universo, cuando asciende a las ignotas regiones de lo infinito, pidiendo fuerza a la inspiración del genio y alas a la lógica y al saber».

Y Arturo Soria y Mata, el cultísimo autor de «El Origen Poliédrico de las Especies», estas palabras que ojalá devinieran perpétuamente incisas como divisa, en el dintel de toda Rama Teosófica:

«Los teósofos españoles constituyen, entre los heterodoxos, un grupo de gran peso específico e intelectual. Son hombres de gran sabiduría, excesivamente modestos quizá, que en vez de exhibir y pregonar lo muchísimo que saben, tienen a gala ocultarlo. Pero lo cierto es que el que se tenga por más docto en cualquier materia no puede hablar con ellos sin reconocerles una extraordinaria profundidad de pensamiento, una erudición vastísima, en suma, una superioridad intelectual y moral que se insinúa con suavidad imperceptible y subyuga nuestro ánimo con las mieles de una franca y encantadora cortesía.

Son pocos, muy sabios y muy buenos.

Uno de ellos es Roso de Luna, un niño de cuarenta años (1), criatura adorable con barbas. Yo advierto en él los chispazos del genio pero el genio no es nunca entendido por la multitud...»

Roso de Luna, escritor

La desconcertante fecundidad de la pluma de Roso, apenas concebible, que ha dado origen, con frecuencia, a peregrinas leyendas, no ha sido en mengua de su profundidad. Pluma en ristre, curbado el cuerpo en forma de interrogante, planeando por los espacios sidéreos, rozando sus pies la leve mole de la Tierra, lo vió simbólicamente Vidal, el caricaturista chileno.

(1) Soria y Mata escribía estas líneas en 1916, en *La ciudad Lineal*, de Madrid.

Aparte de la pluralidad incompediable e inarchivable de la colaboración periodística de Roso de Luna en ambos continentes, solamente su «Biblioteca de las Maravillas» constituye una especialización bibliográfica única en el mundo.

Sus «Conferencias Teosóficas en América del Sur» son su misal, el más puro venero de su ética teosófica.

«Hacia la Gnosis» y «En el Umbral del Misterio» develan la arquitectura de su grande edificio oculto y esquematizan maravillosamente su plan teosófico y la senda del iniciado.

«El libro que mata a la Muerte» o «El libro de los Jinas» y «De gentes del Otro Mundo» son el mayor panorama entrevisto de los mundos invisibles.

«La Esfinge», «Simbología Arcaica», «El simbolismo de las religiones del Mundo y el Problema de la Felicidad» (publicada en esta revista) son una glosa interpretativa del simbolismo trascendente del pasado así como «La ciencia hierática de los Mayas» lo es de los obscuros códices mejicanos del Anahuac, que el maestro interpretó como un don de las antiguas civilizaciones a nuestros días.

«Por el reino encantado de Maya», «El Arbol de las Hespérides» y «El Velo de Isis» (Las Mil y Una Noches Ocultistas) son contribuciones del autor a aquellos descubrimientos de índole folklorística que entrañan la historia secreta de todos los pueblos engalanados con la maravilla y el donaire del gran estilista.

«El Tessoro de los Lagos de Somiedo» ha sido llamado con razón por la crítica, «El Quijote del Ocultismo» y, junto con «De Sevilla al Yucatán» aparece como una psicometrización, amparado en descubrimientos recientes de índole geológica y esotérica, de lo que fué un tiempo Iberia, en el gran continente atlántico, y lo que será, en sus altos destinos, en el futuro, cuando imperen, hechas vida, las verdades teosóficas y que solo bajo esta pomposa veste imaginativa podría entrever la humanidad de hoy.

«La Dama del Ensueño» es un búcaro de psíquicos lirismos, una develación de misterios de trascendentalismo romántico y sentimental.

«La Humanidad y los Césares» es una estructuración y crítica de la historia humana bajo principios platónicos.

En «Una Martir del Siglo XIX» se desbasta, esculpe y pule la gran personalidad de Blavatsky, bloque áureo, mojón viviente que el karma alzó entre su vida de erudito y su vida de teósofo.

En «Wagner, mitólogo y ocultista» aparece la esencia simbólica del iniciático panteón escandinavo en los mitos wagnerianos. El oculto significado de los Eddas muestra, bajo la interpretativa clave de Roso de Luna, la batuta del genial creador del drama

musical como una antorcha para los espíritus, alzada en el paraíso incomparable de sus sinfonías.

Y otras obras científicas como el «Kinethórizon», clave del conocimiento de las sidéreas constelaciones y «Evolution solaire et series astro-chimiques», en francés, constituyen en conjunto una biblioteca vastísima, profunda al par que amena, densa en su significación, en su forma y en su contenido. Cada uno de sus libros parece un magno fruto póstumo, la coronación de toda una vida.

Y sin embargo, la mente privilegiada y proteica de Roso de Luna nos ofrecía, con una frecuencia inusitada, los enormes frutos de su trabajo, uno tras otro y la muerte le sorprendió sin que pudiera cumplir una promesa que nos hizo un día: la publicación de su «Autobiografía» que hubiera sido la más digna rúbrica del tesoro intelectual cuya grandeza puede sellar tan solo nuestra ignorancia.

El proceso íntimo

La facundia intelectual de Roso de Luna manifestada al través de su oratoria o de su pluma y que al comienzo de su hombría le llevó al conocimiento de toda ciencia humana que solo el arte endulzaba, a trechos, como un lampo del cielo, cedió el paso, en el sazonado descenso de su madurez, a una suerte de misticismo que en nada se parecía a sus fervores juveniles pero que era sin embargo fruto dulcísimo de aquel maridaje primero del corazón y de la mente, de la fe atesorada y del conocimiento ganado. Callada aurora de su espiritu que se iba manifestando en un rebosar de amor infinito, en un pleno vivir en la renuncia, en el grato saboreo de la igualdad fraterna, que dió paso a la postrera faceta de su actuación en este plano:

El «Ateneo Teosófico de Madrid»

Hace un año (la Parca cortó el hilo de su vida física sin que pudiera saborear la celebración de su primer aniversario) alzó el Mago de Logrosán, con su prestigio, una nueva tribuna en la capital española. Cenáculo de los griegos, conventículo de los neoplatónicos, en la tribuna libre, en el hogar de amigos que se llama «Ateneo Teosófico», no apareció nunca la valla del eruditismo egotista sinó un eclecticismo que se abria a todo estudio y a toda tendencia espiritualizadora. La ciudad y sus más preclaros talentos corearon la obra de Roso en su Ateneo que actuó y seguirá actuando mientras la benéfica sombra del padre Roso, *nuestro*

Jina en su lenguaje, se alce, viva y resplandeciente, como un soplo que anime el hogar intelectual que abandonara y la llama de la primitiva ideología con que lo inflamara.

En su Nombre

¿Una oración? No es bastante. Una oración en tal caso es un pasajero lirismo sentimental.

Un juramento. Pero no un juramento espectacular, alimentado por estos momentos dolidos. Que sea silencioso como silenciosa es la esencia consagratoria de la vida, la aceptación interna de un deber sublime. Los estados supremos del alma no pueden manifestarse más que al través de la voz del silencio.

Si se hace en nosotros esta calma, esta elocuencia augusta, invoquemos la presencia del maestro y prometámonos seguir su senda.

Yo veo ya florecer la reciente huella de su paso de esculta. Yo veo, precedida por el buen padre Roso, la futura ruta de nuestros destinos. ¿No nos dijo, en los umbrales del Más Allá con voz que la muerte velaba, «Ningún hombre es indispensable. No me lloreis. De una sola manera honrareis mi memoria : ¡Continuad mi Obra!»?.....

PEPITA MAYNADÉ Y MATEOS





AL MAESTRO ROSO DE LUNA

(Discurso pronunciado por el Dr. E. Alfonso en la sesión que en memoria del finado, celebró el Ateneo Teosófico el día 29 de noviembre)

MAESTRO: Dejaste esta vida donde cumpliste un papel radiante. Tu misión fué simpre dar luz en la tinieblas de las almas. Tu temperamento solar, servido por tu cálida, expansiva y expresiva oratoria, siempre justa y siempre alta, fué el rayo fecundante que iba despertando dormidos pensamientos que merced a la magia de tu palabra surgían ante nuestro consciente. Fuiste sol, y no sabias contener la irradiación interna que brotaba impetuosa en tu roja cabeza.

Asumiste en la vida la titánica misión de desbrozar el camino del más allá, y cuando ya encontraste el paso franqueable gracias a tu labor ingente, que nunca te agradeceremos bastante, partes resuelto y sereno por el ignoto sendero, seguramente para ti camino trillado en tus noches insomnes de meditación.

Más, no te satisfizo ésto, y aún tuviste la suma gallardía de pretender ***matar a la muerte***. ¡Grande alma la que así se expresa! Y cual un Dios que baja de celeste mansión, armado del rayo fulgurante para abatir a la negra Parca, escribes la obra de tu orgullo teosófico: «El libro que mata a la muerte» y entonces tu alma queda en la serenidad trascendente de los que libaron la copa de la inmortalidad.

¡Salve Maestro! Yo reverencio tu pensamiento poderoso que tantas veces nos cantaste como arma de redención, si es guiado por un espíritu que, cual el tuyo, siente el impulso irresistible de remontarse siempre y siempre.

Llegaste a la postrera hora de tu vida con la sonrisa en los labios y la frente serena. Miraste a la muerte de hito en hito y el rayo de tu mirada penetrante deshizo sus negruras y la tornó diosa radiante y libertadora. Nunca olvidaré aquel instante (veinte minutos antes de exhalar tu último aliento) en que por un momento afluyó a tu mirada el caudal luminoso de tu inteligencia privilegiada, y dándome tu mano, ya fría, me sonreiste por última vez,

en un adios *lleno de promesas,* que me dió la sensación *profunda* de que estarías con nosotros más que nunca.

Permíteme que te haga ahora la ofrenda de mi sentimentalismo personal.

Yo que fuí el más modesto, pero el más agradecido de tus discípulos, prometo guardar la fé que tus enseñanzas educieron en mi corazón.

Fuiste para mi en la vida el padre espiritual y el conductor cariñoso que con pleno desinterés me condujiste al templo maravilloso donde se guarda la sublime filosofía y el arte inmenso de Beethoven y de Ricardo Wagner. En ellos encontré la plena satisfacción de mis ansias espirituales y por ellos percibí verdades que no me supieron explicar los libros y llegué a estados de conciencia imposibles de describir. Me condujiste a un mundo de donde no se puede volver y me sumiste en un sueño del que no sé despertar aún a pesar de los violentos zarpazos con que el Destino llama a veces a nuestra puerta, como llamara a la de Beethoven en su sinfonía 5.ª.

En tu bondad inagotable, echaste sobre mis hombros la tremenda carga que es para mi suave yugo de tu herencia espiritual, y yo nuevo Sísifo, abrumado por el peso de la mole, la hago extensiva solamente a todos los que se llamaron tus discípulos y aún a los que simplemente fueron tus admiradores. Y ahora en tu nombre digo a todos los que me escuchan y a los que pudieran conocer mis palabras: No basta elogiar la labor del Maestro, no basta haber venido a recoger la luz de sus acentos, no basta sentarse en esas sillas a escuchar la palabra fiel de los que le seguimos. Es necesario que esta su obra no se pierda; es necesario que esta casa que fué su templo y su ilusión, permanezca indefinidamente, y para ello es necesario que todos nos ayudéis moral y materialmente si es que tenéis en algún valor la obra de Roso de Luna y si es que estimáis que los problemas más importantes de la vida atañen al alma.

Y ahora, Maestro, deja que aún llegue a la culminación de mi gratitud imperecedera. No te contentaste con abrirme de par en par las puertas doradas de mundos mejores, sino que días después de tu muerte pusiste ante el camino de mi vida una emoción sublime y me diste el impulso definitivo por donde llegué a tocar, ya libre de trabas, momentos hasta entonces para mi inaccesibles. Cambiaste mi estado de conciencia por otro estado de conciencia superior. La última mirada que me dirigiste en tu lecho de muerte no fué vana. Y hoy sólo puedo decir, lo que dije a los que fueron también tus discípulos remedando aquellas palabras de Cicerón al salir de los misterios, tantas veces oídas en tus labios: «No pue-

do explicar lo que he visto; sólo sé que desde ahora no temo a la muerte».

Y para final, permíteme que ofrenda a los que nos escuchan, estas líneas en que me consta está tu testamento espiritual, porque te lo oí en vida y sin duda me lo dictaste después de tu muerte:

A LA MEMORIA DEL MAESTRO ROSO DE LUNA

Se fué el Maestro.
Por una senda clara, que conduce a lejanos horizontes
por donde van las almas,
marchó, diciéndonos:
Seguid mi estela blanca,
ésta que os dejo inmaculada y recta,
hecha de hebras de luz y de esperanza.
El Maestro calló.
¿Dormía?—Fatal pregunta de Hamlet—. No; soñaba.
Soñaba con estados inefables
de celestial bonanza,
donde los hombres, de divina estirpe, comprendían y amaban.
¡Silencio hermanos! Respetad la calma
de aquel que irradió luz en las tinieblas...
Recordad sus palabras:
«No lloréis mi partida, no me hagáis preces vanas,
estudiad, contestaros vuestras dudas,
sed lo que he sido: alma.
No conturbéis mi sueño deleitoso
con psiquismos idólatras.»
¡Oh sí, hermanos! Alcemos de nuestro corazón el puro cáliz
en falange apretada,
y que en mística lluvia
la irradiación excelsa de su mente, sobre nosotros caiga.
Y entonces, escuchad de la conciencia
la voz silente y casta,
que os dirá con unciones eucarísticas
de fraternidad santa:
Sólo un camino llega hasta su espíritu,
laborar por su obra y su palabra.

EDUARDO ALFONSO



Recordatorio

Aunque al dictar estas líneas desconozco la verdadera causa fisiológica de la desencarnación de Mario Roso de Luna, tengo indicios de que sería algo súbito, inesperado, como una apoplegía fulminante o un derrame cerebral o una embolia o alguna de esas causas desconocidas todavía de la medicina que determinan la muerte en pocas horas. Porque de algún tiempo a esta parte era Mario Roso de Luna el más poderoso sostén de EL LOTO BLANCO su más asiduo colaborador hasta el punto de que pocos días antes de su tránsito, como quiera que faltara original para nutrir las páginas de este mensuario, respondió prontamente a la indicación que se le hizo, diciendo que estaba dispuesto a enviar cuanto original se necesitara aunque fuese para llenar todas las hojas de EL LOTO BLANCO

No me maravilla la aparente magnitud de este ofrecimiento, porque cuantos conocían el aspecto mental de su caracter en la vida que acaba de pasar, saben de sobra que era Roso de Luna un pasmo de erudición; pero no de esa erudición a la violeta, que consiste en almacenar frases notables de conspicuos pensadores, sino aquella otra erudición de nítido cuño hija del profundo estudio comparado de las mitologías, religiones, filosofías, costumbres y demótica, de los pueblos cuya antigüedad, excede a la que diputan por tal los historiadores que sólo se fundan en los documentos posteriores a la prehistoria.

La característica mental de Roso de Luna en cuanto se relaciona con las enseñanzas teosóficas es a mi entender el devocional entusiasmo que sentía por la Maestra Blavatsky con cuyas doctrinas estaba completamente identificado y ha sido hasta ahora el único capaz de desentrañar en gran parte su oculto sentido en magistrales comentarios que han de constituir, a mi modo de ver, un preciadísimo tesoro para la Teosofía del porvenir.

Desde luego que todas las obras que ha dejado escritas el insigne polígrafo, no están al alcance del vulgo ilustrado ni de la docta ignorancia que sin estudiarlas ni comprenderlas, desdeña apriorísticamente las enseñanzas teosóficas.

Y he calificado de polígrafo a nuestro insigne colaborador, porque su poderosa mentalidad abarcaba todo linaje de conocimientos humanos y de todos ellos trataba con la misma autoridad que le confería la incontrastable fuerza de sus razonamientos.

Sus biógrafos nos dicen, que estaba versadísimo en astronomía

y que en su juventud descubrió un cometa que lleva su nombre sin que a la sazón se ocupara nadie en ponderar cual merecía, el valor de este descubrimiento. Pero lo que más admiraba en nuestro desencarnado amigo, era la suma habilidad con que acertaba a establecer la armónica conjunción de la astronomía con la filosofía, de suerte que en vez de limitarse a ser uno de tantos astrónomos matemáticos, que sólo descubren a través del telescopio las distancias, magnitudes, movimientos, velocidades y constitución física de los millones de soles, infería de la contemplación del Cosmos las ocultas relaciones que ligan a los astros con la suprema ley de la evolución universal, de la vida, de la forma y de la conciencia.

Si como escritor es un portento de erudición sana, como orador que pudiéramos llamar académico o sea conferenciante era un encanto, un embeleso del oído y un regalo de la mente de cuantos le escuchaban, porque con la palabra expresaba los pensamientos, con mucha mayor claridad que con la pluma, y es una lástima que sólo se hayan impreso las conferencias que dió en América y hayan quedado inéditas las que a solicitud de algunas Ramas de la Sociedad Teosófica, dió en varias ocasiones por el Sur y el Levante de España, llegando alguna que otra vez a Barcelona.

A pesar de los sobresalientes méritos de Roso de Luna su nombre no alcanzó la fama muchas veces inmerecida que logran los políticos profesionales y las medianías que cuentan con los artificiosos pebeteros de la prensa diaria.

Y es que Roso de Luna se adelantaba a su época, era implacable adversario de los convencionalismos intelectuales de que tan misérrimamente se nutre la mentalidad dominante en todas las disciplinas de los conocimientos humanos y natural era también que se viese víctima de la conspiración del silencio que tan arteramente saben tramar los interesados defensores del error triunfante, contra los esforzados paladines de la eclipsada verdad.

Sin embargo sabido es que la verdad padece pero no perece, y por muy duradero que parezca el reinado del error, día ha de llegar en que la obligada evolución de la mentalidad humana legitime el título al parecer hiperbólico que de el Mago de Logrosán le confirió un imparcial admirador. Entretanto mantengamos siempre vivo, el recuerdo del que en su última vida fué esforzado paladín de las enseñanzas teosóficas y especialmente de las blavatskianas y tengamos la completa seguridad de que la ley kármica lo ha transportado a regiones donde su fecunda actividad mental ha de ser más necesaria y provechosa que en esta nuestra tierra.

FEDERICO CLIMENT TERRER

Mi amigo D. Mario

Verdaderamente éramos muy buenos amigos. Por mi edad me llamaba *el patriarca* y con este apelativo me presentaba a los conocidos. Estuvimos juntos bastantes días y casi no nos separábamos. Con aquella facilidad de palabra que le era peculiar, con el rio de ideas que fluía con tanta espontaneidad de su portentosa mente nos subyugaba a todos. Quedábamos escuchándole en silencio con admiracion sin par.

Los que tienen grandes conocimientos y profunda erudición suelen ser pedantes, pero él, al contrario, deleitaba dando siempre nuevas formas galanas y simpáticas que cautivaban, por arduos que fueran los conceptos que vertía. Habiendo buceado en los cielos, habiéndose familiarizado con los astros llegó a robar algo de ese fuego divino que cautiva, abre y enciende mentes y corazones.

Era un gran apasionado de la música. Lo primero que hacía, cuando se le visitaba en su casa, era sentarse a la pianola y ejecutar algo de Beethoven. Era éste para él un verdadero dios de la música y no se alejaba de la verdad cuando afirmaba tal cosa, pues los genios fueron soles de mayor magnitud que despertaron los corazones humanos.

Una tarde, en mi casa, hicimos un poco de música y él tanto se enterneció que me abrazó con entusiasmo llorando.

Era una gran alma y en cada momento de la vida daba pruebas de sus elevados sentimientos.

Nos contó que un dia, cuando muy joven, estando en Londres, entró en una iglesia anglicana y asistió a una misa. El que era católico de buena fe, se sintió tan atraído por la santidad del ambiente y la profunda religiosidad de los fieles, que, llegado el momento de administrar la eucaristía, se levantó y comulgó con ellos. Lleno de alegría salió del templo con la consciencia de haber obrado bien.

Volviendo a España, como buen católico, fué a confesarse un día y manifestó al cura lo que había hecho aquel memorable día en Londres. El cura furioso echó sobre él todos los anatemas y lo alejó del confesionario diciéndole que nunca podría recibir la absolución. Anonadado y avergonzado se alejó del templo y empezó a meditar. ¿Por qué esas sectas no quieren reconocer al mismo Dios de Amor? ¿Por qué tanto odio entre ellas?

Desde aquel día ya no fué católico, no militó en ninguna religión positiva, pero fué un buscador de la Sabiduría divina que es el Amor universal.

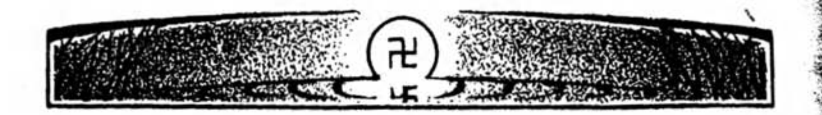
Es una gran pérdida para España la desaparición de esa figura del mundo físico. Pero yo estoy seguro que los Maestros lo han llamado para una misión más elevada y acaso nosotros, que ya no oiremos su voz brillante y sonora, recibamos de él mensajes más elevados y que puedan hacer prosperar más nuestros ideales.

La última vez que le ví en Madrid me instó para que le llamara para dar alguna conferencia y así pensaba hacerlo hace unos meses, pero las turbulencias políticas me aconsejaron a esperai un momento en el cual sus palabras fueran oídas con más atención.

El sabe que yo lo he admirado y querido de veras y desde estas líneas le mando un cordial saludo de amor y de paz, de esa paz que trasciende la frontera de todos los planos por elevados que sean.

ATTILIO BRUSCHETTI





A la muerte del Dr. Mario Roso de Luna

El servidor de la humanidad que se llamó Mario Roso de Luna, ha dejado su cuerpo físico.

Su vida, fué un continuado esfuerzo y un sacrificio constante; la consagró a enseñar a los hombres, derramando sobre ellos la luminosidad de las enseñanzas teosóficas.

Extendía los lazos de su amistad a cuantos la solicitaban y era protector decidido de todos los que buscaban su apoyo.

Su alma, de acero templado, rebosaba optimismo, que comunicaba a los que tuvieron la dicha de conocerle. No desmayó ante las dificultades con que tropezaba en su vivir cotidiano, ni se amilanó por la falta de comprensión de sus contemporáneos.

Infatigable obrero, trabajó con la fé de los grandes hombres, que teniendo los pies en la tierra, fijan sus ojos en el cielo, seguros de que su esfuerzo no será baldío, sino fructífero en el porvenir.

Lega magníficas obras a la posteridad, que inmortalizarán su nombre, en las que supo hacer fácil lo difícil y comprensible lo sublime. En ellas campean hermanadas, la grandeza de los conceptos y la donosura del lenguaje, recreando al lector con la belleza de sus párrafos, que despiertan aspiraciones al más allá de lo terreno. Todas están escritas con un fin altamente educativo y poseen el raro privilegio de poner al alcance del más indocto, las verdades de mayor trascendencia.

Investigó con perseverante esfuerzo las leyes de la naturaleza, cultivando las altas ciencias que enseñaba a sus hermanos, a quienes hacia saborear las dulzuras que su conocimiento proporciona. Decía: «Que oculto está el oro en la entraña terrestre, hasta que el zapapico del minero lo saca a luz. Que ocultos están durante el invierno, la yema en la rama; la hoja, la flor y el fruto en la yema; la semilla en el fruto; la futura planta en la semilla y en esta futura planta, todas cuantas de ella han de derivar siglos tras siglos; que así tambien está oculto el pensamiento del hombre en el santuario de su conciencia, hasta que la palabra y la acción lo exteriorizan.»

Al presentar ante su vista la magnificencia del Cosmos les hacía volar con la imaginación, a esas regiones llenas de luz, despertando en sus almas ansias de liberación y ayudándoles en la difícil tarea de poder separar lo útil de lo inútil; lo transitorio de lo eterno; lo ficticio de lo real.

El gran sabio seguirá viviendo a través de sus obras, no solamente en el presente, sino en el futuro; los hombres las estudiarán con afán para alcanzar los grandes conocimientos que en ellas se encierran y las buscarán cual benéfico bálsamo que cure las heridas producidas por la infracción de las leyes eternas, debido a su ignorancia.

Al dejar la cárcel de carne en que vivía preso, su espíritu abnegado seguirá laborando por el bien del mundo, a quien tanto amaba. Supo sufrir pacientemente todas las amarguras de la vida. Su tránsito habrá sido suave y dulce.

Como el Sol, que a la caída de la tarde, se oculta a nuestra vista y desaparece en el horizonte para ir a brillar de nuevo en otros continentes, su espíritu gigante, al abandonar la tierra, resplandecerá en otros planos, donde continuará su obra de amor y sacrificio.

¡Gloria al hombre sin par, que fué heraldo de avanzada en la conquista de la libertad, por medio del conocimiento profundo de las leyes de la naturaleza!

Que la gratitud de la humanidad doliente, a quien dedicó su vida, sea cual ramo de siemprevivas, depositado en la tumba del hombre eminente, que aprovechó su paso por la tierra para iluminar cual potente faro las tinieblas de la ignorancia.

MARIA ALONSO





¿TEÓSOFOS Y ASTRÓLOGOS?

> Cobardes son, y traidores
> ciertos críticos que esperan
> para impugnar, a que mueran
> los infelices autores...,
> porque, vivos, respondieran.
>
> IRIARTE: Fábula de «La lechuza, los perros y el trapero».

DOÑA Concepción Espina, señora de todos mis respetos, dice en su reciente artículo, «Teósofos y astrólogos», cosas tan peregrinas, que no se pueden dejar sin comentario.

Después de entonar el artículo en cuestión un himno a la «ciencia oficial», o como si dijéramos a la «ciencia dogmática», quiere establecer «una linde, una frontera tácita, invisible y respetada como por previo acuerdo, que define y separa la ciudad insigne de la ciencia de sus aledaños y arrabales, sobre todo en lo que éstos tienen de ruina y vestigio, de sombría supervivencia, de tradición inerte».

Pero ¿no habíamos convenido ya en que la verdadera Ciencia del hoy para el mañana esplendoroso; la Ciencia que, después de transmutar el Radio en Helio, da la razón a los calumniados alquimistas, no tiene fronteras? El sentimiento religioso universal, no obstante ser tan sólo el más respetable de los sentimientos, ¿no ha creado ya, con Max Müller, la ciencia y las cátedras oficiales de Religiones comparadas? ¿Vamos a seguir teniendo ya, como antaño, el cerebro «partido por gala en dos», o sea con un lóbulo para la Ciencia todo «verdades demostradas», y otro para las fes «todo Misterio, sublimidad y Divino consuelo», que dicen los creyentes de las respectivas religiones y decimos también nosotros, los librepensadores-teósofos, a condición de dar à la palabra «fe» su valor etimológico latino de «fides», confianza, no de «subordinación ciega» a la ciencia o a la creencia de otro?

Armonizar las religiones entre sí, por proceder todas de un único y primitivo Tronco, y como ecos míticos que son ellas de perdidas verdades científicas del Pasado sabio, en una excelsa Síntesis científico-religiosa, en la que entren por igual el corazón

y la cabeza, la razón y la poesía, la Verdad y el Amor, el pasado, el presente y el futuro, es la aspiración genial—teosófica o no teosófica, pues el nombre es lo de menos—, que caracteriza a los dolorosos anhelos del alma contemporánea, y es asimismo la aspiración de la verdadera Filosofía en todos los momentos de su historia humana. Los teósofos de hoy, y muchos también que con tal apelativo no se honran, como los teósofos alejandrinos de ayer, desde Ammonio Sacas hasta Plotino, como Draper y como tantos otros desinteresados investigadores de todos los tiempos, nos esforzamos por conseguirlo en nuestra vida y en nuestros libros, en los que no ofrecemos «panacea milagrosa» alguna, pues no admitimos «transgresiones» de la eterna Ley Natural, sino juego verdaderamente admirable—que ésta es la etimología de «milagro» o «mirabilia»—de leyes cósmicas o armónicas, unas conocidas, otras por conocer aún, pero cuyo conocimiento, en bien de la pobre Humanidad, hay que perseguir, cueste lo que cueste, siquiera sea por aquello del doctor Fausto, el rebelde héroe moderno de Goethe, de «justo nos es buscar lo no sabido, por no bastar a nuestro ser lo conocido».

La «ciudad eterna de la Ciencia» no tiene aledaños ni arrabales, porque Cielos y Tierra le pertenecen. Con títulos universitarios como el primero, si ellos hiciesen al caso, somos ya muchos los que estudiamos el Ocultismo teórico en las ingentes e inestudiadas obras de la bruja «H. P. Blavatsky», «la Rasputin con faldas, epidérmicamente occidentalizada, que fumaba cachimba», porque, como dice esta principesca mujer, mártir de las incompresiones modernas, el Ocultismo, moneda legítima presupuesta en el mero hecho de existir tantas «monedas falsas» que por Ocultismo se tienen, no es sino «la reforma de interior, el mejoramiento de uno mismo por la Virtud y el Estudio», el «emmite lucem tuam et veritaten tuam», enseñado en el Monte Santo, que canta el poético comienzo de la Misa católica, diferenciándose él tanto de las «ciencias ocultas» o «malditas», por los charlatanes explotadas, lo que la luz del Sol de la de una pobre luciérnaga, según llevamos dicho en estas mismas columnas.

Por ello, por su propia sublimidad mística, el Ocultismo, «la ciencia de lo desconocido cognoscible», está ya tan «arraigado en los países anglosajones» como en todos los demás del planeta, España inclusive, pese a los asertos de la señora Espina—asertos de buena fe, sin duda, pero equivocados por error de datos—. Las displinas, no «secretas», sino «discretas» del Ocultismo, gozan, sí, de gran favor entre aquellos países anglosajones, precisamente porque ellos son los más cultos, los de la vanguardia humana hoy, cual nosotros ayer, y allí donde la «ciencia oficial» está más apre-

ciada y cultivada. ¿Engañados, quizá? Puede; pero nadie más fáciles de engañar, por su nobleza, que los verdaderos caballeros.

«¡Tradición inerte!...» Pero, ¡si los muertos mandan y han mandado siempre, según la intuitiva frase de Blasco Ibáñez!... «¡Tradición inerte!...» ¡Pero si sólo los animales carecen de tradición!—Los árabes son grandes porque conservan hasta la genealogía de sus caballos—. ¡Paz a los muertos!, aunque éstos se llamen Oscar Wilde, Blavatsky o cualquier otro genio que haya enriquecido a la Humanidad con sus obras, pese a su vida dudosa o no dudosa, discutible o no discutible, y, sobre todo, dentro del feminismo verdad, ¡que una señora no ataque a otra con conceptos contra la solidaridad de su sexo!

Si no respetamos a nuestros mayores — hombres o pueblos —, no seremos respetados por nuestros nietos. Si renegamos del pasado, nos labraremos kármicamente muy mal porvenir, por aquello que dice el Evangelio de que «con la vara que midieres, con ella serás medido», ya que por lo de la tremebunda sentencia de San Pablo de que «si hacemos lo que en otros criticamos, pronunciamos nuestra propia condenación».

Y ¿en qué otra cosa, sino en la «tradición inerte», o, más piadosamente dicho, en la Tradición Eterna, se basan todas las religiones de la Humanidad, con arreglo al dicho de San Agustín de que el propio Cristianismo—con sus veinte siglos de existencia—no es sino «una forma nueva de una Religión eterna». ¡La Primitiva Religión de nuestros primeros padres, haga de ello cinco mil años, como muchos creen, o cinco millones de años, como presumimos nosotros!

El hombre es un ser eminentemente religioso, aunque sus formas confesionales varien hasta el infinito y sigan variando hasta que aquella ciencia sintética futura las armonice e integre. De su «sabor» divino viene el clásico «sapere» o «sabiduría»; «gustar», paladear lo inefablemente Dulce; síntesis salomónica del Amor con el Conocimiento, de la verdad con la Poesía, para preparar ese día futuro, anunciado por Claude Bernard, en que «el filósofo, el científico y el poeta hablen el mismo lenguaje, y en él se entiendan todos».

¿Es esto «ver la India bajo la mentalidad inglesa»? No, sino ver a la India, y demás gloriosos pueblos del pasado, bajo sus propias ideas religiosas, no con prejuicios cristianos ni positivistas posteriores, y como también los vieran los sabios de cualquier tiempo y lugar. Intentarlo no es «querer saberlo todo», sino aspirar legítimamente a la poligrafía integral, pues que la Ciencia es una que nos enseñaran los titanes del Pensamiento: Kapila, Hermes, Zoroastro, Pitágoras, Isidoro, Tomás de Aquino, Vives, Lulio, los

polígrafos árabes o los modernos Menéndez Pelayo, tratando de tornar redivivos «los continentes desaparecidos, las razas muertas, las ciudades de maravilla, los pueblos y civilizaciones histórico legendarios», para saber, o soñar saber, que para el caso es lo mismo, quiénes somos, de donde venimos y a dónde vamos, única labor que sacarnos puede de la baja categoría de topos sublunares. ¡Peregrinos del Bien, en fin, como los ensalzados por el soneto de José de Maturana, que canta :

¿A dónde vais, hermanos, de la quimera errante,
soñando en las orillas de algún lírico islote,
con vuestras inmortales andanzas de Quijote
y el lanzón victorioso donde luce un diamante?

¿Cuál es la roja estrella que os guía hacia Levante,
bajo la sombra trágica de mercenario azote?
¿A dónde vais, montañas en marcha, sin que brote
la luna en vuestras cumbres y camino adelante?

¿Qué porvenir, qué Arcadia, qué libertad, qué gloria,
buscáis, oh dolorosos romeros de la Historia,
que vais sembrando sin saber para quien?

¿Qué habéis hecho, gitanos de la vida,
para que así desoigan vuestra canción florida?
¡Mártires y profetas, románticos del Bien...!

Si ello es ciencia, ¿qué pecado hay en cultivarla?; si poesía, ¿qué pecado es el ser poeta? Poetizar la Ciencia, en todo lo que tiene de bella; racionalizar la poesía en cuanto de humana tiene, es una labor armónica, redentora, digna de filósofos sintéticos. Hay en nuestro ser energías dormidas para futuras evoluciones; notas de suprema y propia superación, pues que «dioses fuimos y lo hemos olvidado», que dijeron Pitágoras, David y Jesús. Si tales energías no existiesen, ¿qué esperanzas les quedarían al progreso científico y artístico futuros? En cuanto a «apelar al sánscrito» para ahondar en esas ideas, a la lengua soberana de las cátorce vocales y treinta y cinco consonantes, más arcaica y sabia que ninguna de sus sucesoras, no es, al fin, sino imitar a la «ciencia oficial», que ya emplea el griego, y a la «iglesia oficial» que usa del latín, para, como dijo aquel catedrático, expresarnos con mayor claridad...

«¿Rito bestial del hierofante?»... ¡No hablemos de ritos, que el moderno Código penal está vigente ya! Quien mire con desprecio a las «teogonías primogenias» no tiene derecho a estimar al Mahabarata, a la Ilíada, a la Biblia ni al Popol-Vuh. A bien que la

verdadera Sabiduría, por encima de todos los templos humanos, tiene el gran Templo de la Divinidad que se llama Naturaleza, donde lucen la Luna, el Sol y los millones de millones de los soles y nebulosas del Cosmos, sin el «sombrío caserón, lóbrega portada y escalera de peldaños crujientes» del astrólogo al que alude pintorescamente el artículo, y que «no sabía la hora que era» porque no vivía en lo temporal, sino en lo Eterno; más aún : en su propio corazón al tenor de la dulcísima poesía mística gallega que acaba:

Imaxe que vive en min,
de noite venme arrobar...
¡Vivo na hora de durmir,
soño na de traballar!

M. Roso de Luna

(Artículo publicado en el diario *La Libertad*, de Madrid.)



REVISTA TEOSÓFICA

EL LOTO BLANCO

Organo de relación entre los teósofos españoles e hispano-americanos

FEDERICO CLIMENT TERRER - DIRECTOR

PRECIO DE SUSCRIPCIÓN		DIRECCIÓN Y ADMINISTRACIÓN
España . . .	Ptas. 10 al año	Condal, 32, 2.º, 2.ª
América y Portugal . . .	» 12 » »	Apartado 954
Otros países .	» 15 » »	Barcelona (España)

Las suscripciónes pueden principiar en cualquier tiempo

EL LOTO BLANCO se publica mensualmente en cuadernos que forman al año un volumen de cerca 500 páginas.

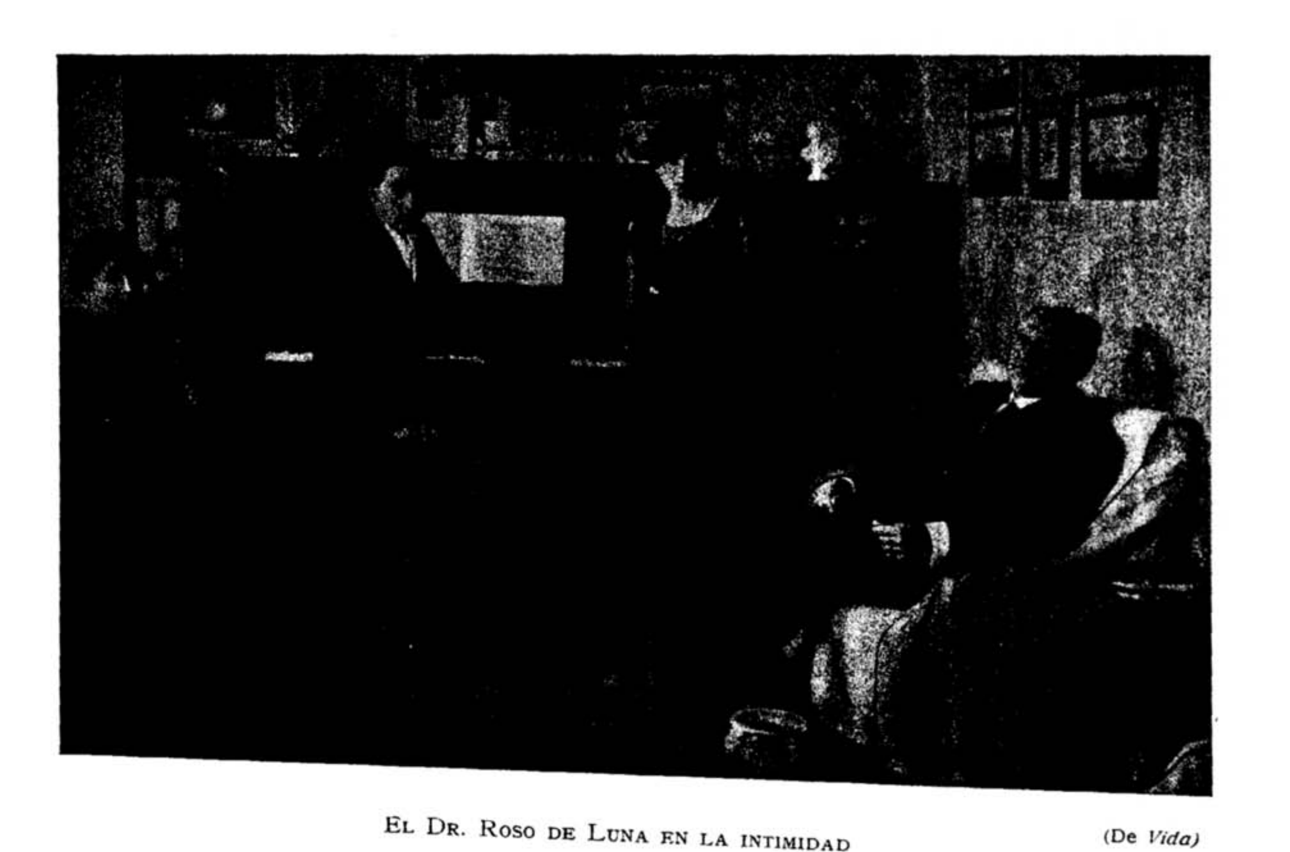
A los Suscriptores y Lectores

Nos es muy grato anunciar a los suscriptores y lectores que las oficinas de EL LOTO BLANCO han quedado instaladas en la calle de Condal, núm. 32, 2.º, 2.ª, Barcelona (España).

Las oficinas de EL LOTO BLANCO estarán abiertas para los suscriptores y público en general, todos los días laborables de 5 a 7 de la tarde.

Rogamos a los señores suscriptores y lectores que cuando escriban por asuntos relacionados con la revista dirijan sus cartas a EL LOTO BLANCO, no a nombre de persona determinada. De esa manera tendrán la seguridad de ser atendidos con la máxima prontitud.

LA ADMINISTRACIÓN



El Dr. Roso de Luna en la intimidad (De *Vida*)



Comentarios de la prensa nacional a la *muerte* de Mario Roso de Luna

De "La Libertad"

EL SUBLIME ILUMINADO

> *"¡Oh ciencia, ciencia! ¿Será posible que hasta tu augusto nombre no sea sino vanidad de vanidades, como todas las cosas de este Mundo?"*
>
> Mad. Blavatski. Artículo XII.

Fué en la bulliciosa y magna avenida de Pi y Margall, casi en su confluencia con la Red de San Luis, en donde hablé por última vez con aquel sabio místico, soberano erudito y amigo entrañable que se llamó en vida Mario Roso de Luna. Como siempre que tuve ocasión de hallarlo, corrí a su encuentro con los brazos abiertos. Roso de Luna era el optimismo hecho carne. Su rostro se iluminaba y transparentaba al hablar, hasta parecer esconder una llama interior. Yo creía ver en su cara algo astral; daba la sensación de una vida suprahumana. Desde luego, era un elegido: su saber inmenso corría parejas con su religiosidad, en la cual no creo que nadie haya podido jamás superarle. Su concepto de la Divinidad era tan grande, tan perfecto, tan incontestable; su creencia en la indestructibilidad del espíritu (porque para él, como para mí, no había materia: todo era espíritu) le hacía fervorosamente confiado en el porvenir de los individuos y de los pueblos. Caudillo y apóstol de todo el teosofismo español, era reverenciado en todas partes, tanto en sus clarividencias, que le llevaban a descubrir a simple vista nuevos cuerpos celestes, como en sus alucinaciones inspiradas, y dentro de las cuales no había más remedio que reconocer la existencia de simbolismos prodigiosos, cuya realidad no había modo de poner en duda.

Como siempre, nuestra conversación derivó inmediatamente a lo abstracto. Parecía mentira que en medio del bullicio de una gran capital, rodeados por todas las gentes que nos empujaban y que no pensaban sino en sus negocios mercantiles, escuchando la estridencia de las bocinas de los automóviles y los mil ruidos de la circulación urbana, nosotros nos paseásemos impasibles por los espacios interplanetarios, por las entrañas de la Tierra, por las selvas inextricables del Indostán o por los misterios de la ciencia hermética, como si nos encontrásemos aislados en medio de un desierto o encerrados en un gabinete de estudio, cobijados bajo el círculo pálido de una lámpara analítica y rodeados fuera de él de espesas sombras. Y así era. Porque Roso de Luna, a quien no en balde se llamó "el Mago", disponía de un poder sugestivo que hasta a los más reacios a la sugestión nos obligaba a abstraernos de todo lo externo para no pensar sino en lo abstracto, clave de todo lo contingente y mudable. Y así permanecimos más de una hora, estorbando el tránsito, empujados, increpados por las gentes, sin que se nos diera de ello un ardite. Estábamos realizando nuestros viajes maravillosos, que nunca podremos olvidar.

Primero me llevó "el Mago" de la mano a las entrañas del planeta. Descendimos a antros obscuros y tortuosos. Y en poco más de diez minutos recorrimos el subsuelo de toda la esfera terrestre. Roso de Luna conocía la red subterránea y su enlace como no pudo soñar ningún ingeniero, y quien lo dude no tiene sino leer sus obras. En la aldeíta de Jove, cercana a Gijón, descendimos a la galería de un tremendo hipogeo prehistórico, de mayor prestigio que la Atlántida; es decir, de hace un millón de años... Seguimos bajo tierra so el Musel, a Candas y a la célebre Vaca de Luanco. Allí se bifurca la galería. Una va tierra adentro, por la cuenca de Avilés hasta las grutas de Somiedo, y se reparte hacia Sequeros, Galicia y Portugal. Sigue a Altamira y tuerce hacia el Pirineo, y otro ramal baja hasta Torralba, dirigiéndose a Mallorca. Con la imaginación fuimos hasta Tafilete y hasta la Ciudad de las Puertas de Oro, y por la galería oriental, hasta los enlaces de los hipogeos de las Sirtes, las Cirenaicas y Egipto, Nubia, Abisinia, cataratas del Nilo y Cabo de Buena Esperanza. Fuimos del Kemtuki hasta la región canadiense y las montañas rocosas... ¿A qué seguir? Quedé convencido de que el mapa minero del planeta no puede ser otro, y ahora mismo lo demostraría yo si no se necesitase para ello todo un voluminoso libro.

Y no vimos a los gnomos enanos con los ojos de la cara, con sus gorros puntiagudos, sus barbas de nieve y sus martillos de oro cincelado; pero sí con los de la imaginación, porque esos gnomos son fuerzas sin las cuales las carbonizaciones y las cristalizaciones serían imposibles. ¿Quién puede negar lo que no conoce por el hecho de desconocerlo? ¿Sabéis, por ventura, si las ondas hertzianas son llevadas de un punto a otro de la Tierra por elementales o por fuerzas ignotas? Lo ignoramos todo, y, lo que es más triste: "ignorabimus". No sabremos jamás lo que guarda la Tierra y lo que resplandece más allá de la última nebulosa o de la "cabellera" de Berenice.

Porque en medio de la presión de la muchedumbre, en plena tarde de primavera y bajo un sol espléndido, después de llevarme por las tinienblas subterráneas, Roso de Luna, escrutador de abismos, me llevó en andas al cielo estrellado, en que era también guía incomparable y un dueño y señor. De un salto nos fuimos a "Arturo", constelación divina y hervidero de átomos encendidos. Llegamos a distancias absurdas. La luz tarda un segundo en recorrer trescientos mil kilómetros. Pues bien: nosotros nos encontramos aquella tarde en medio de nebulosas de las cuales tarda en llegar la luz a la Tierra, según los cálculos de Arago y de los modernos astrónomos, ¡cinco millones de años! Y el universo sideral seguía extendiéndose a nuestra mirada, inacabable, infinito, incapaz de ser medido por los sucesores del enfatuado "Micromegas".

¿Creeréis que todo terminó después de esta navegación en pleno infinito? No; todavía quedaba más. Restaba viajar por el universo invisible de los acordes. Entonces fué Beethoven el adivino con sus sinfonías polifónicas y magnas. Por primera vez, en medio del aturdimiento de la gran ciudad, creí escuchar, comprendiendo su sentido enigmático, la "Novena", el "Claro de Luna", el "Septimino", toda la serie de cuartetos sugestionadores y mágicos. Luego Wagner, el sobrenatural, con su universo de figuras, de símbolos, con sus luchas, sus nuevas "Ilíadas", entre hombres, gnomos, gigantes y dioses, y sus tesoros enfermizos y sus epopeyas asombrosas. Era el vértigo. Y todavía, ¡todavía! quedaba algo más.

Y este algo era la comprensión del eterno enigma, la visión de las causas ocultas de nuestro destino en el torbellino de las almas, su "Karma" y su fin. Quedaba la concepción soberana del "más allá", que es el más acá, porque todo es uno y lo mismo. Roso de Luna parecía sublimarse al hablar de todas estas cosas, tan inaccesibles a los necios que nos rodeaban, empujaban e increpaban, porque los estorbábamos en sus andanzas tras las satisfacciones minúsculas del día vulgar. Se necesitaría una biblioteca enorme para encerrar y conservar toda

la sabiduría de "el Mago", que podía pasearse por cielos y tierra, por las intrincadas selvas indostánicas y por los subterráneos bajo el Atlántico y el Pacífico, mucho más debajo de los cimientos rosados de las maravillosas islas de coral; por las aldehuelas asturianas, descifrando sus nombres, sus etimologías, sus cánticos, sus símbolos, sus destinos inexorables, y por el mundo de los espíritus, de los elementales, de los genios, de la supervivencia y de la transformación universal.

¡Y todo tuvo fin! Un abrazo y la separación. ¡La separación para siempre! ¡Adiós, sabio, descubridor, guía, adivino, profeta, iluso, soñador, taumaturgo! ¡Adiós para siempre, amigo entrañable, compañero de ensueños, hermano gemelo de inteligencia y de corazón! No quiero llorarte. Nos separa, tal vez, un muro del grueso de un pétalo de rosa. Todo se aleja; pero todo sigue a nuestro lado. Todo se desvanece...; pero todo queda.

ANTONIO ZOZAYA

De "La Libertad"

MARIO ROSO DE LUNA

Mario Roso de Luna, el camarada sabio y bueno, que tantas veces ha dado a los lectores de "La Libertad" brillantes pruebas de su saber, ha muerto, y bajo el pesar de la dolorosa nueva queremos rendir al ilustre compañero un sencillo homenaje de admiración y cariño.

La figura de Roso de Luna es bien conocida de todos. Nuestro entrañable Darío Pérez le dedicó una de sus más interesantes crónicas biográficas en estas mismas columnas, considerándole, con toda razón y justicia, digno de hallarse entre las "Figuras de España", rúbrica bajo la cual han quedado reunidas las biografías de los hombres más gloriosos de nuestra patria.

Roso de Luna nació en Logrosán en 1872 y realizó sus primeros estudios en Madrid. Las Ciencias, la Filosofía y el Derecho recibieron con el grado de doctor al que había de ser estudiante por toda la vida, que el ansia de conocer que Mario Roso de Luna tan hondamente sentía le acomodó a los libros durante toda su vida.

Cultivó con singular brillantez la Teosofía, y hasta sus últimos días tomó parte muy activa en los trabajos del Ateneo Teosófico.

A más de literato, filósofo e historiador notabilísimo, Roso de Luna era astrónomo. Si no en el sentido oficial de la profesión, en el liberal al menos. Y sin más instrumento que su vista perspicaz halló en el cielo un cometa, que no lleva su nombre porque momentos antes que él había sido visto por astrónomos extranjeros. Análogo fué el descubrimiento de una estrella nueva en la constelación del Cisne. Estos descubrimientos, que tales son aunque otros astrónomos coincidieran con Roso de Luna, pudieron ser hechos por él porque conocía el firmamento estrella por estrella y dedicaba muchas horas a la contemplación del maravilloso espectáculo del cielo estrellado.

Roso de Luna tomó parte en los trabajos que las Comisiones del Observatorio de Madrid realizaron en diferentes eclipses de sol, y en la cátedra, el libro y el periódico realizó valiosa labor de divulgación científica.

Señálase también como arqueólogo, y a él se debe el descubrimiento de la escritura ógnica en Extremadura y el de la losa sepulcral de Solana de Cabañas, documento ibérico éste que es uno de los más antiguos de España.

Mario Roso de Luna, cuyo camino en la vida no fué ciertamente sobre rosas,

deja copiosa labor publicada en numerosas obras, muchas de las cuales tuvieron resonante éxito científico y literario. Recordemos, entre ellas, "La ciencia hierática de los mayas", "Astrobiología", "Beethoven, teósofo", "Por las grietas y selvas del Indostán" y "El tesoro de los lagos de Somiedo".

En esta casa, donde con tanta frecuencia le veíamos y donde tantas veces hemos gozado de su amenísima charla y de sus sabias enseñanzas, recordaremos siempre al ilustre escritor y al amigo cariñoso.

Reciba la familia del insigne hombre de ciencia, cuya pérdida lloramos, nuestro pésame más sentido.

De "La Voz de Aragón"

EL MAGO DE LOGROSAN

Si hubo un hombre bueno, sabio, humildoso, capaz de todos los sacrificios por hacer el bien, y con espíritu tan comprensivo que fuera "hasta" símbolo de la transigencia, ese hombre llamóse, en la vida mortal, Mario Rosso de Luna. Cabal en todo no tuvo enemigos, y amigos fueron cuantos le trataron.

No es esta dolorosa ocasión de un vacuo tributo ante su sepultura, para siempre cerrada; deber de justicia, pago de obligaciones, arbitrio merecido, y con gusto satisfecho, es.

Me quiso y le quise; me hizo ver la luz cuando mi inconsciencia iba a marchar por los senderos de una luminaria mentirosa; por él labré la piedra ruda de mi ímpetu salvaje, y como hombre honrado y de buenas costumbres fué ejemplo perenne, al que he procurado seguir e imitar.

Era apacible como todo hombre de alma sana; disculpador, como humano que conoce las asechanzas que la vida — tal que cepos — pone a nuestro paso, y para sostener la cruz de muchos dolores ajenos prestaba su hombro sonriendo siempre.

De "La Voz"

Don Mario Roso de Luna, teósofo y descubridor de estrellas, ha muerto ayer en Madrid

Dicen que Mario Roso de Luna, caballero en un asno por campos de Castilla, camino de un Juzgado — si era ir o venir no están muy conformes los autores—, en el que tenía que prestar declaración como testigo, y como fuera ya de noche y elevara la vista en los cielos limpios, descubrió uno de esos puntitos estelares que no estaba catalogado en la cartografía celeste. Dió aviso a los observatorios de Madrid y París. De Copenhague le confirmaron que en la constelación del Cisne había aparecido una estrella de magnitud 3,3.

Roso de Luna, corazón bondadoso, entusiasmo de intensidad y claridad infantil, se pasó la vida en busca de estrellas. Las llevaba ya hasta en la solapa: la teosófica.

Descubrió el secreto de los "Lagos de Somiedo", investigó las profundas razones teosóficas que le dictaran a Wágner y Beethoven sus músicas. Roso de Luna, con mirada perspicaz y convicción profunda, había traspasado el mundo material y había llegado hasta la cuarta dimensión, como Mad. Blavatsky. Entre los teósofos españoles era la figura máxima; su palabra era elocuente y fácil...

La otra vida, la que los iniciados pitagóricos disfrutan, le ha llamado a su seno. Habrá marchado con ese sonriente gesto que siempre fué su compañero.

Se ha muerto un hombre bueno, curioso y cultísimo. Cuantos le han conocido y tratado sentirán hondamente su desaparición.

El tesoro de su saber era maravilla. No lo hurtaba a las gentes de ordinario avaras, y sembrador altruísta era tan de prodigio que regaló su ciencia sin pasar facturas al cobro.

Si algún hombre quedaba en la tierra con valor bastante a poner el otro carrillo para que los estultos le abofetearan, este hombre era nuestro gran don Mario. Con sus múltiples conocimientos — no someros, sino profundos — podían fabricarse docenas de sabios.

De medicina, de ciencias exactas, de idiomas, de literatura, de todo, de todo sabía nuestro muerto.

¡Cuántas veces, en reuniones fraternales, le pedíamos que hablase!

—¿De qué?—interrogaba, prometedor.

De lo que fuera. Era igual: no importaba el asunto. De aquello que queríamos, nos decía galano; pero con galanura que no enturbió jamás la frase altisonante ni la cita de mogollón.

Su sencillez — incomprensible para los muchos que sobre un grano de arena saben levantar cátedras de barro — era algo ni explicable ni conveniente...

Pudo serlo todo y contentóse con ser un corazón ardiendo, al que no pocos fuimos en busca de amorosos calores.

Nunca burlábase de nada ni de nadie. Era de los que por no pisar un hormiguero — igual hizo el sabio Salomón — modificaba, rodeando, el trazado de su camino. No creía, y cual Giner de los Ríos, era un "santo". Como Voltaire, miraba a los cielos, no para decirles inútiles y tardías jeremiadas, sino para — a simple vista — descubrir estrellas.

Y si en las luchas duras de los hombres tenía que actuar, nunca trepó hasta el Sinaí, que con los brazos en cruz, para en ellos abrazar a todos — sin miedo a los sayones crueles — iba hasta su Gólgota. Sin opinar, con las Sagradas Escrituras, que el dinero es la lepra del mundo, desdeñaba el dinero cuando no era servidor de buenas obras.

Con todos disculpador rendía su frente, primero, cara a los limpios de espíritu, y después cara a los sabios benefactores de sus semejantes.

Estas líneas, trazadas con temblores, van al maestro y amigo que a estas horas ha cruzado el dintel misterioso (que tanto le atraía), como oración la más fervorosa.

Mientras pise esta tierra guardaré en lo más puro de mi corazón agradecido el recuerdo de quien me supo detener cuando estaba a pique de hundirme en los lagos de Somiedo y perderme en la maraña tenebrosa de las grutas del sumo pecado. ¡Y que la paz de su corazón, que ya no sabe de latidos, sea con todos los hombres de buena voluntad!

FERNANDO MORA

De "El Liberal"

HA MUERTO ROSO DE LUNA

En su domicilio de la calle del Buen Suceso, 18, ha muerto Mario Roso de Luna, el hombro bueno y sabio, que tantas veces honró con su firma las columnas de "El Liberal".

Mario Roso de Luna había nacido en Logrosán (Cáceres) en 1872, y en Ma-

drid estudió con gran aprovechamiento las facultades de Ciencias y de Derecho, doctorándose en esta última con una notable tesis sobre los fueros de Toro, obra inédita, que sólo conocen algunos amigos íntimos.

Su afición, sin embargo, se hallaba orientada más hacia la ciencia que hacia la abogacía, y aunque ejerció ésta en su tierra natal, era la astronomía la disciplina de sus amores, y una buena noche estival — el 5 de julio de 1893 —, caballero en un jumento, descubrió a simple vista un nuevo astro en el claro cielo extremeño: el cometa que lleva su nombre.

En 1905, y comisionado por "El Liberal", fué con Joaquín Dicenta a hacer la crónica del eclipse de sol. Dicenta literato, y Roso, científico, publicaron en estas columnas la mejor y más completa información de aquel eclipse total, visible en una ancha faja del suelo español. Antes había publicado interesantes trabajos sobre el eclipse de 1900, y después acerca del de 1909.

También se deben a su vista privilegiada dos estrellas temporarias (1918 y 1920).

Su labor es extensa e intensa. Comenzó en 1895 con el "Kinetorizon", aparato de Astronomía popular, al que siguieron obras tan notables como "Preparación al estudio de la fantasía humana", "Hacia la Gnosis", "Astrobiología", "La Humanidad y los césares", etc., y la famosa "Biblioteca de las Maravillas", ocho volúmenes densos, de apretada lectura y gran erudición.

Como historiador se le debe el descubrimiento de la llamada escritura "ógnica" o en cazoletas y uno de los más antiguos documentos ibéricos, o sea la losa sepulcral de Solana de Cabañas (Cáceres), que fué estimado como único en su género y análogo a la inscripción del templo de Esculapio, en la Argólida.

Si su labor, como decimos, fué extensa e intensa, su vida no le fué en zaga. Trabajó en París, en una casa editorial; pasó grandes apuros en Londres, donde arrastró una absurda vida bohemia y recorrió toda la América española dando conferencias sobre teosofía, justificando el mote de "mago de Logrosán", porque Roso de Luna era, en efecto, un mago, un mago blanco, mago de la amistad, de la bondad, de la charla, de la ciencia y hasta de la "cacharrería" del Ateneo, que no se concebía sin las pinzas de Mario Roso de Luna sosteniendo el cigarrillo y la roja testa orlada de unos cuantos cabellos blancos, del hombre grande que acaba de morir.

De "Svcrona"

HOMENAJE A ROSO DE LUNA

Ante la muerte inesperada del gran pensador teósofo Dr. Roso de Luna, y pensando en la responsabilidad moral que significa para nosotros el deber de gratitud hacia el maestro, "amigo y hermano"; — como él nos llamaba en su preciada correspondencia — cada vez que intentamos coger la pluma para escribir sobre su vida y sus obras, nos sumimos en profunda meditación. Es tan grande su obra, encierra tan vastos conocimientos, que verdaderamente casi nos sentimos impotentes para explanar un comentario digno de la alta espiritualidad del maestro.

Sin duda alguna el Dr. Mario Roso de Luna, era en la actualidad el más grande polígrafo español.

Enediel Shaiah, escribe en el prólogo del segundo libro de su "Biblioteca de las Maravillas", titulado "En el umbral del misterio": como el gran matemático Wronski, Roso de Luna, profundo conocedor de la ciencia de la cantidad, elévase desde este campo al de las altas concepciones de la Metafísica y el Ocul-

tismo; como los ilustres Zoellner, Gauss, Helmotz, Lobatschewsky, Riemann y Spotisswoode, el estudio del Algebra y de la Geometría le lleva al de la cuarta dimensión de los cuerpos y otras sucesivas y así halla una feliz demostración de los diversos planos de la existencia substancial, demostración matemática de un valor definitivo; como el renombrado Crookes, aplica, Roso de Luna, a la Física el estudio de las seriaciones numéricas y halla formada por la Naturaleza misma la prodigiosa pauta de fuerzas conocidas y de lugares de la serie que corresponden a las ignoradas, estableciendo una elocuente identidad entre lo que la ciencia ya sabe y lo que la doctrina esotérica descubre; como los ilustres químicos Wendt y Mendeleef, pide al número y a la serie, el gran misterio de la mitad de la materia, y al hallarle, redime a los alquimistas, de un injustificado desdén; como astrónomo goza de una reputación bien merecida y es descubridor de un cometa que lleva su nombre..." hasta aquí lo que dice del maestro, el escritor hindú, pero queremos añadir aún algunos juicios autorizadísimos.

El docto catedrático Bonilla y San Martín, escribió de Roso de Luna lo siguiente: "es un hombre de ciencia (y en tal concepto uno de los más completos que existen en nuestra patria); es astrónomo, inventó el Kinethórizon, es matemático doctisimo, es físico, es químico, es naturalista, es músico, es psicólogo, es pedagogo", cita al mismo tiempo para certificar todo esto las obras escritas por Roso de Luna y termina diciendo: pero es ante todo y sobre todo un hombre de fe.

César Luis de Montalbán afirmaba que Roso de Luna dominaba las siete más altas manifestaciones del pensamiento humano.

Nosotros, desde nuestra humilde pequeñez, aun nos atreveríamos a llevar mucho más lejos nuestro juicio, formado a lo largo de la lectura asidua y analítica de sus obras, de un sabor literario magnífico y una luminosidad verdaderamente maravillosa. No fué Roso de Luna un teósofo por sistema formado en los libros de los demás. Su filosofía de la vida brotó ante los fenómenos acaecidos desde su juventud en la que sencillamente, sin telescopios ni aparato astronómico alguno, supo descubrir el astro que lleva su nombre.

Su inclinación, su predestinación mejor dicho, hacia la obra grandiosa que en el sentido teosófico y librepensador le estaba reservada, obligóle a licenciar a su clientela del bufete de abogado que poseía siendo muy joven aún.

Podemos asegurar que no somos incondicionales de ninguna doctrina por alta y pura que pretenda ser y este temperamento de autoinspección y crítica prudente a que debe llegar todo ser humano conscinte, nos lo ha formado la lectura de las obras del maestro y sus sabios consejos recibidos en nuestra relación particular. "Yo sé o ignoro" — decía — y cuando en algunos casos le consultábamos sobre materias difíciles luego de explicar su elevado sentido, añadía: "hay que pensar por cuenta propia".

La frase axiomática "hay que pensar por cuenta propia", nos recuerda aquel pasaje del mejor libro de Nietzche, cuando Zaratustra se despide de sus discípulos y les dice poco más o menos: "no os acordéis de mí para levantarme un altar y reverenciarme; pensad más bien si os he engañado..."

Y ahora que el maestro Roso de Luna ha traspasado el umbral del misterio, aquellas palabras suyas repercuten con más intensidad en nuestra mente. El ha dejado un tesoro de ciencia envuelto en sus más de treinta volúmenes; toda la luz de su elevada conciencia en ellos señala un sendero de segura redención para la humanidad pero nosotros repetimos con él: hay que leerlos con precaución, estudiarlos profundamente, "si queréis soñar alto, soñar hondo", buscando en los estratos de nuestra intimidad pensante e intuitiva las razones que nos mueven a descubrir la verdad.

José R. Costa Altur

De "El Sol"

HA MUERTO EL ASTRÓNOMO Y ESCRITOR D. MARIO ROSO DE LUNA

Don Mario Roso de Luna nació en Logrosán, provincia de Cáceres, en 1872. Desde muy joven tuvo inquietudes intelectuales, hasta tal punto, que a los nueve años, cuando fué a examinarse de bachiller en el Instituto de Cáceres, los profesores le llamaban "el Príncipe". Su familia le impidió emprender la carrera de ingeniero de Caminos. Quiso que fuese abogado. Llevaba litigando treinta y siete años por las minas de fosfato de Logrosán, que ya habían determinado cuatrocientos pleitos e incidentes. Roso acabó con ellos. Ejerció la carrera, y yendo a una "inspección ocular" descubrió el cometa que lleva su nombre. La Diputación le pensionó, y mientras sostenía sus luchas curialescas estudió, sin más auxilios que el propio, la carrera de Ciencias, la verdadera vocación de su vida. También se licenció en Filosofía y en Letras. "Roso de Luna — ha dicho uno de sus panegiristas — es un polígrafo. Su afán de saber no se contentó con elegir un camino: ha recorrido todos, prefiriendo los quebradizos que derivan en el enigma, en los vagos e indecisos crepúsculos, en realidades del espíritu, para encararse con el torturante más allá de la muerte, interrogándole: ¿Quién somos? ¿De dónde venimos? ¿A dónde vamos?... Y para descorrer el velo del símbolo."

Tuvo una marcada preferencia por los estudios astronómicos, en los que culmina realmente lo más vasto de su obra. Ya de niño, según unas manifestaciones que hizo al escritor D. Darío Pérez, se sintió atraído por esta clase de problemas. "A los seis años conocía ya la media docena de constelaciones que me enseñara mi tío, mi maestro. A él oí hablar del "anillo de Saturno". Le busqué en el cielo, y creí que la Corona Boreal era el anillo. Más tarde cayó en mis manos el "Planisferio celeste", de Paluzie, y en dos días aprendí todas las constelaciones por mí mismo."

Su primer artículo para la Prensa sobre astronomía lo dió a un periódico de Cabeza de Buey, provincia de Badajoz; pero este artículo quedó inédito, porque el director sentenció que no le llamaba Dios por esos caminos. En "El Globo" del 8 de junio de 1892 surgió su artículo "Infinito", prólogo de tantos otros como había de publicar en sus treinta y siete años de escribir para la Prensa. De estos trabajos fueron muy resonantes los que dedicó a los eclipses de sol de 1890, 1905 y 1912, y su ruidosa polémica desde "El Liberal" con el jesuíta Iñíguez, que dirigía por entonces el Observatorio.

Habiendo sentido hondamente el problema religioso y educado en un hogar ultramontano, al hacerse abogado profesó ideas de un catolicismo liberal; más tarde conoció en París a los evangélicos y anglicanos, y transformó sus creencias religiosas en un cristianismo sin preocupación dogmática; pero al pretender llevar sus conocimientos de las ciencias positivas a estos problemas religiosos, estuvo a punto de derivar hacia un materialismo práctico, contra el que reaccionó, dándose de lleno a estudios ocultistas, que le condujeron de la mano hasta la Teosofía. Por entonces conoció la obra de la fundadora de la Sociedad Teosófica, Helena Petrovna Blavatsky, la cual obra influyó en la orientación futura de su vida de una manera decisiva y se prometió consagrarse a este ideal, "uno que puede revolucionar y está revolucionando al mundo contemporáneo".

Aplicó todos sus conocimientos científicos a la interpretación de los mitos religiosos antiguos y a los de las tradiciones populares en sus obras "El tesoro de los lagos de Somiedo" y "Por las grutas y selvas del Indostán", entre otras. Asimismo dedicó una voluminosa obra a la explicación de las verdades que encierran las antiguas leyendas alemanas sobre las que Wágner realizó sus obras musicales. No vaciló tampoco en estudiar el nacimiento, florecimiento y caída de

los principales imperios del mundo a la luz del ocultismo en "La Humanidad y los Césares". Piensa en los seres que nos protegen y guían desde el mundo invisible y cristaliza su pensamiento en "El libro que mata a la muerte". Su extensa producción también alcanza a obras de vulgarización popular, como el Kinethórizon", para conocer las estrellas y constelaciones; "Preparación al estudio de la fantasía", "Conferencias teosóficas" (dos tomos), "Evolución solar y series astroquímicas", "La ciencia hierática de los mayas", que es una contribución al estudio de los códices mejicanos del Analhuac; "La dama del ensueño", páginas de psicología masculina, tomadas del natural; "Páginas ocultistas y cuentos macabros", "El velo de Isis, o Las mil y una noches ocultistas", "Una mártir del siglo XIX: H. P. Blavatsky", "El simbolismo de las religiones del mundo y el problema de la felicidad", "Aberraciones psíquicas del sexo", "El conde de Gabalis", charlas sobre ciencias secretas, y muchas más.

También alcanzó justo renombre por sus numerosas conferencias sobre temas astronómicos y de difusión de las ideas teosóficas en España y América del Sur.

Nuestro más sentido pésame a la familia doliente.

De "El Liberal"

MARIO ROSO DE LUNA

Profunda pena, tanto personal como intelectual, me ha producido la muerte inesperada y casi instantánea del gran teósofo extremeño. Inesperada, al menos para mí, que hacía años no le veía, y que le suponía en el mejor estado de salud, no sólo por el régimen de pureza inmaculada de su existencia, sino por su edad, sólo en cinco años más avanzada que la mía, ya que había nacido en Logrosán (Cáceres) en 1872. Le conocí particularmente en 1907, cuando aún ostentaba aquella magnífica barba negra que tan bien encuadraba en su rostro, bellamente viril. Como colaboradores ambos de "Sophia", sabía de él como autor hacía algunos años. Pero entonces residía yo permanentemente en Asturias, y no le traté hasta en una de mis visitas a la corte, que aproveché para hacerle otra en su domicilio. También por aquella época éramos colaboradores ambos de la "Revista de Extremadura". Mi entrevista con él no pudo ser más cordial, y hube de admirar en su conversación la viveza, la amenidad, el ingenio, la facilidad de palabra, la soltura de pensamiento, la agilidad de juicio. Difícilmente podría dar una idea del encanto verbal de aquel admirable "causseur", maestro en diálogos platónicos.

Notorio es que Roso de Luna fué durante su vida toda un adepto de la teosofía, disciplina espiritual e institución filosófico religiosa, fundada en París y en 1884 por la dama rusa Helena Petrovna Blavatsky, a su regreso de la India, donde había permanecido desde 1876, donde en unión del coronel norteamericano Olcott, veterano de la guerra de Secesión, había sido iniciada en los misterios del budismo esotérico por unos anacoretas llamados "mahatmas" o "arahatas", con quienes había tropezado en el Tíbet. En Francia, y secundada por el coronel Olcott, estableció la Asociación Isis, ordenada a divulgar en Europa las enseñanzas búdicas. Empezada la propaganda, su difusión fué cosa rapidísima, y bien pronto, tanto en París como en Londres, se publicaron numerosas revistas y se multiplicaron los centros de reunión. En 1889 existían ya en París dos casas, en las que se juntaban los nuevos cofrades del budismo esotérico, y en 1890, el número de teósofos ascendía a 30.000 sólo en la capital de Francia.

Del extranjero vino a nuestra patria la nueva escuela espiritualista por ministerio de Montoliu, primer presidente del grupo español de la Sociedad Teosófica. Montoliu fundó la revista "Sophia", publicada en Madrid y órgano de la

Sociedad Teosófica en España. Desde sus primeros números esa revista, advirtiendo que la teosofía es tan antigua como el hombre, aunque su definición provenga de los gnósticos, inculcó a su público la idea de que aquella palabra equivale a sabiduría divina, ciencia de los dioses o de las religiones, y religión al par que ciencia, con un solo dogma: el de la fraternidad universal de la Humanidad sin distinción de razas, sexos o credos. Muchos y muy excelentes hombres de estudio (Xifré, Treviño, Díaz-Pérez, Urbano, etc.) colaboraron en publicación de vuelos tan elevados. Pero entre todos sobresalió y se puso en primera fila Roso de Luna, discípulo el más fiel a una que el más original de la Blavatsky. Hombre de talento universal y de cultura variadísima, doctor en Derecho y en ciencias, arqueólogo y astrónomo, debióle la cultura ibérica eminentes servicios, que le acreditaron de pensador y sabio, de filósofo e investigador, de ingenio peregrino y teorizante robusto. Fué además inventor y descubridor. Entre sus invenciones científicas figuró la de un aparato de astronomía popular denominado "kinethorizon", aparato que reproduce el aspecto del cielo por medio de la electricidad y que le valió la cruz de Carlos III. De sus descubrimientos científicos hay que retener: primero, el de los documentos de los celtas con inscripciones ógnicas iguales a las que existen en el templo de "Esculapio"; segundo, el de las citanias prehistóricas de Logrosán, Santa Cruz y Salona; tercero, el de más de ciento treinta inscripciones romanas y visigóticas; cuarto, el de la rectificación científica del itinerario romano de Mérida a Zaragoza; quinto, el de un nuevo cometa en la constelación Auriga, que lleva su nombre ("Roso de Luna"); sexto, el de seis estrellas (tres oficialmente reconocidas). Enseñó matemáticas y lengua castellana en París y en Ostende. Dió en América conferencias teosóficas, que tuvieron gran resonancia. Como autor, pocos tan fecundos como él, bastando recordar entre sus numerosas obras las intituladas "Por el campo de la electricidad", "El tesoro de los lagos de Somiedo", "La Atlántida como continente histórico", "La ciencia hierática de los mayas", "Una mártir del siglo XIX", "En el umbral del misterio" y "Hacia la gnosis (ciencia y teosofía)". Años atrás dirigió "Hesperia", revista teosófica y poligráfica, que desgraciadamente tuvo vida corta y que servía de antídoto al materialismo, causa de los males del mundo.

Se ha tildado a Roso de Luna por sus exaltaciones teosóficas, que se dice le llevaban a menudo a rebasar los justos límites de las ciencias, y hasta no ha faltado quien le haya incluído en el número de los espiritistas. Ambos reproches son infundados. Roso de Luna, al defender la teosofía, conservó siempre el respeto debido a la ciencia, y explicó muchos fenómenos del espiritismo, no por los espíritus de los muertos, sino por los "elementales" o entidades de los elementos. Así como los seres que vemos están compuestos de elementos sólidos, líquidos y gaseosos, así hay seres sólo de tierra, o sólo de agua, o sólo de aire, como dicen los cabalistas. Conforme a la indicación de Roso de Luna, acaso esos seres no son visibles, porque su índice de refracción es el mismo del medio en que habitan, o porque pasan por nuestra retina con velocidad mayor de una décima de segundo, o porque agitan el éter fuera de los límites de la luz (que están entre los 420 y los 700 billones de vibraciones por segundo), o en fin, por la misma razón por la que no son visibles el sentimiento ni la idea. Pero son, en suma, seres a la manera de los "demonios" eclesiásticos, seres que poseen la cuarta dimensión del espacio; es decir, una modalidad como la que separar pueda a la mariposa que vuela de la larva que se arrastra, y que poseen también, por ende, un "sexto sentido". Para semejantes seres de la cuarta dimensión somos lo que los cieggos para los que ven. Por eso la "doble vista" puede percibirlos, y Roso de Luna, en su libro "Las gentes del otro mundo", trata de demostrar que a semejante plano va quizá el alma después de la muerte. Pero en general, la interpretación espiritista de los fenómenos que parecen señalar la presencia de agentes desconocidos, no es satisfactoria, según Roso de Luna, el cual, con respecto al dogma de la reencarnación

o metempsícosis expuesta a la larga contienda sobre posibles existencias anteriores, concluye con estas formales palabras: "El asunto es, en verdad, difícil, y hay que distinguir entre nuestra personalidad inferior (del "persona" o máscara" latin), o sea entre nuestros elementos inferiores de cuerpo grosero (pasiones, vicios, etc.), que son nuevos en cada existencia, y la "tríada" superior o mente abstracta, integrada por nuestro Espíritu, y que es la que se reencarna múltiples veces en la Tierra. Del número 11 al 19 todos los números son diferentes, pero todos son de la segunda decena. Así, yo, en mi vida anterior, no he sido ni obis po ni bailarina precisamente; pero mi "tríada" superior o alma espiritual anima a mi pobre personalidad, después de haber cobijado a otras en pasados siglos." Finalmente, Roso de Luna apunta que los fenómenos del espiritismo, como los del hipnotismo, deben considerarse como la taumaturgia, la cual es harto inefable, siempre que sea la verdadera, mientras que la que pretenden ejercer algunos desdichados es ridícula, cuando no criminal. "Provocar tales fenómenos es peligrosísimo ,porque no somos puros ni conocemos todavía las leyes que los rigen... Yo condeno semejantes prácticas con dureza mayor aún que la Iglesia católica." Paréceme que bastan estas muestras para dejar bien sentado que ni en sus más elevadas especulaciones criptosíquicas perdió jamás Roso de Luna su honradez científica.

EDMUNDO GONZALEZ-BLANCO

De "Vida"

EL MAGO DE LOGROSAN

Astrónomo, músico, matemático, filósofo, sociólogo, teósofo...

Sólo aquel que conoce en esencia la belleza y la bondad puede conocer a fondo lo feo y lo malvado. Sin términos de contraposición relativa no hay apreciación ni valores estimados.

Para el ciego de nacimiento, la obscuridad es la luz. Sólo el que conoce la luz siente el terror de la obscuridad.

Don Mario Roso de Luna dijo de sí mismo estas palabras: "Fracasé en mi pueblo, entre los míos; fracasé en Extremadura, mi región querida, y casi fracasé en la propia capital de mi Patria."

Por fuerza tenía que conocer a fondo el éxito para hablar así del fracaso; por eso añadía: "Cada uno de mis fracasos era en el fondo un completo triunfo sobre mí mismo, pues me impulsaba, a fuer de indómito, a buscar siempre un radio mayor de acción."

Ese impulso significaba claramente que sus éxitos eran de una magnitud que no cabía ni en el pueblo, ni en la región, ni en la Patria... Ya lo había dicho, muchos años atrás, en la Academia, Romero Acame: "Con Roso de Luna nos pasará lo mismo que con Ramón y Cajal y con todos nuestros sabios: que tendrán que dárnoslo a conocer desde el Extranjero."

Y esto, que parece un reproche para España, ¡tantas veces repetido!, ocurre fatalmente en todos los países, porque el éxito necesita siempre, para serlo, una enorme caja de resonancia, que no puede ser otra que el horizonte ilímite, la distancia infinita.

Conquistador espiritual de América

Nació Roso de Luna en un pueblecillo de Cáceres llamado Logrosán. Acercaos a un mapa, y observad cómo ese pueblo es el vértice oriental de un triángulo formado por él, con Medellín (cuna de Hernán Cortés) y con Trujillo (patria chica de Pizarro).

El triángulo de los conquistadores lo cierra Roso de Luna, el mago de Logrosán, lanzándose a la aventura de conquistar el espíritu de América.

En su primera salida topó con un gran hispanófobo: el doctor Avalós. ¿Por qué éste odiaba tanto a España? Nadie lo supo. ¿Por qué repentinamente se trocó en un admirador fervoroso de España? Porque amistó con Roso de Luna, a quien finalmente dijo: "Sabio: antes de irte lejos ven a mi hogar a bendecir a mis hijos."

La escribía él, la repartía él..., y no la cobraba

Entusiasta defensor de sus creencias, pero hombre sin posición material, se propuso divulgarlas por medio de una Revista, a la que tituló *Hesperia;* él la redactaba; él la repartía a domicilio de los pocos suscriptores; él la llevaba a quioscos y librerías para que fuese puesta a la venta..., y él no volvía luego a cobrarle nada a nadie. Era su gozo divulgar, difundir, enseñar, desinteresadamente, como quien ha nacido para ello y sólo para eso tiene vocación y aficiones.

¡Eso no puede ser!

Pero..., ¿cómo?... ¿Quién lo afirma?... ¿Que Fulanito es un hombre genial, que es un sabio, que ha producido algo extraordinario? ¡Eso no puede ser! ¡Eso es imposible! ¡Pero si ese estudió conmigo... en la misma escuela... Nos crecimos juntos... Nos tuteábamos... Somos del mismo pueblo... Hemos recibido la misma educación!... ¿Cómo es posible entonces que él sea un genio y yo no?

He ahí el compendio de toda la tragedia española de la incomprensión y de la envidia.

Cuando Roso de Luna, mozuelo de apenas veinte años, comunicó al Observatorio Astronómico de Madrid que acababa de descubrir la existencia de un nuevo cometa, nadie le hizo caso. ¿Quién iba a creer que allá, en Logrosán, un abogadillo, sin instrumental óptico y sin renombre de astrónomo, había descubierto un cometa?

Y tuvo que dirigirse al Extranjero, y de allí vino la respuesta afirmativa, el reconocimiento de prioridad, la decisión de darle al nuevo cometa el nombre de Roso de Luna.

No sabía lo que era

Un día, en el hotel de una playa francesa, le preguntó una aristócrata española quién era él. Le dijo el nombre, y repuso ella:

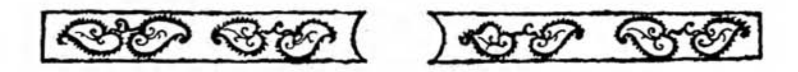
—¿Y qué es usted?

Roso de Luna vaciló un instante, y contestó:

—Si no tiene usted mucha prisa, se lo diré.

La aristócrata no comprendió el alcance de la respuesta, y se alejó con desdén. Sin embargo, lo cierto es que para decir lo que era don Mario se necesitaba... no tener prisa. Vedlo, pues: era abogado, matemático, astrónomo, químico, músico, filósofo, sociólogo, polígrafo, teósofo...

Y en todo descolló, y acerca de todo eso escribió libros, artículos y conferencias, y por serlo todo, no fué nada. Esa es su grandeza. Y se fué dignamente hacia la nada; viéndose ir, joven aún, con la entereza de aquel que sabe de dónde viene y adónde va, profetizando años antes la clase de enfermedad que le arrebataría la vida, y acertando, desgraciadamente para sus seres queridos, que le lloran sin consuelo, y para sus admiradores, que sienten hoy a su alrededor el vértigo del vacío.



NOTICIAS Y COMENTARIOS

Ha muerto Roso de Luna.—El día 8 de noviembre dejó el mundo físico nuestro ilustre hermano y compañero D. Mario Roso de Luna. Apenas podemos creer que aquel hombre todo bondad y simpatía, aquella mentalidad formidable, producto de un cultivo intenso durante vidas y vidas; aquel escritor galano, de facundia inagotable, cuyos libros, saturados de conocimientos y enseñanzas, son legión; aquel orador de erudición fantástica y memoria prodigiosa, de verbo ardiente y subyugador, no compartirá ya más con nosotros las tareas del Ateneo y de la Sociedad Teosófica. Sin duda, su espíritu prócer nos ha dejado para ocuparse de alguna misión más elevada. Pero seguramente no nos ha dejado por completo. Desde el otro lado ha de seguir nuestra obra, que es la suya, y nos ha de inspirar con su voluntad y su sabiduría.

Para la S. T. E. la pérdida que significa el fallecimiento de Roso de Luna es enorme. ¿Quién podrá sustituirle? No abundan en nuestra Sección los hombres de ciencia, los prestigios indiscutibles a quienes todos, dentro y fuera de la Sociedad, rindan acatamiento. Acaso durante muchos años la figura única de Roso de Luna quede sin sustitución. Pero no por ello debemos desalentarnos. Al contrario, debemos redoblar nuestro esfuerzo para tratar de llenar el vacío inmenso que deja el grande hombre. Lo que acaso fuera labor imposible para una sola persona, no lo será si todos trabajamos con entusiasmo y con fe en la obra.

Ha fallecido D. Mario al año justo de haber fundado el Ateneo Teosófico de Madrid. Porque él fué, dentro de la Rama Hesperia, el principal promotor de la idea; sin su entusiasmo, sin su dinamismo y su sacrificio pecuniario y de todo orden, el gran centro que es hoy el Ateneo Teosófico no hubiera nacido. Y durante este primer año que lleva de vida, y aunque tuvo colaboradores meritísimos, él fué su verdadera alma, su *animador* constante.

Hemos de consignar aquí nuestra gratitud a la familia por la gran comprensión que ha demostrado durante la enfermedad y después del fallecimiento de D. Mario, y el gran respeto que ha tenido por sus ideas.

(Del «Boletín» de la S. T.)

En honor de Roso de Luna.—El Ayuntamiento de Madrid ha consignado en acta el sentimiento de la Corporación por el fallecimiento del ilustre hombre de ciencia, y ha acordado, a propuesta del Sr. Salazar Alonso, que se dé el nombre de Mario Roso de Luna a la calle del Buen Suceso, donde vivió tantos años y murió el conocido teósofo.

Se ha abierto una suscripción para costear una lápida artística que rotule la calle en su comienzo. Los miembros que deseen contribuir, pueden enviar sus donativos al Tesorero de la Sección, D. Teodoro César, Apartado 10.025. Madrid.

La Dra. Annie Besant.—Según un cablegrama que hemos recibido recientemente, la Dra. Besant se encuentra mucho mejor de salud.

Debido seguramente a los cablegramas que desde Adyar se enviaron a los Sres. G. S. Arundale, en Europa, y a A. P. Warrington en Norteamérica, en los que se les daba a conocer el precario estado de salud de la Sra. Besant y, en consecuencia, la necesidad de que esos hermanos y la Sra. Rukmini Arundale se pusieran inmediatamente en camino para la India, las agencias informativas divulgaron por medio de la prensa la noticia del fallecimiento de nuestra Presidente.

Afortunadamente, y como presumíamos, la noticia era falsa; pues un cablegrama del Sr. Jinarajadasa nos informa de que, si bien un mes antes la Dra. Besant había pasado una profunda crisis en su salud, actualmente se encontraba bastante mejor, leía mucho y descansaba bien.

En diversas ocasiones, ha manifestado la Dra. Besant que le es enteramente igual vivir en este mundo o en el otro y que prefiere vivir allí donde pueda prestar mayor servicio y utilidad a su Maestro. Es, pues, indudable que si permanece entre nosotros es porque aún es útil aquí en la tierra.

Ateneo Teosófico.—En el Ateneo Teosófico de Madrid, se celebró, el día 10 del pasado noviembre, una reunión extraordinaria con asistencia de numerosos miembros y bajo la presidencia del Dr. Eduardo Alfonso. Este hermano dió cuenta de la desencarnación del Presidente del Ateneo, Don Mario Roso de Luna, a quien, como médico, había él asistido en su corta enfermedad. Refirió con todo detalle los últimos momentos de la vida terrena de D. Mario, hasta su muerte dulce y tranquila. Manifestó que el Dr. Roso de Luna le había hecho gran número de recomendaciones y que le había entregado un libro con tal dedicatoria, que él no podía aceptar para sí solo y prefería dejarlo en depósito en el

Ateneo para que se considerara como dedicado a todos los que con tanto amor y cariño habían dado su tiempo para sostener la obra del maestro. Dice así la dedicatoria : A E. Alfonso, mi heredero espiritual.

El Sr. Calle manifestó que puesto que es evidente que el señor Roso de Luna es insustituible, creía que todos estaban obligados a suplir con el máximo esfuerzo su poderosa actividad y tratar de llenar el hueco que dejaba en el Ateneo. Después propuso que el Dr. Alfonso quedara como Presidente del Ateneo y por aclamación así se acordó.

También se acordó celebrar una velada en honor del Dr. Roso de Luna el día 29 del mismo noviembre. En la sesión del día 16, se acordó nombrar Presidente honorario del Ateneo a su hija Sara Roso de Luna.

Los últimos días del Dr. Roso de Luna.—Por conducto particular hemos sabido que el Dr. Roso de Luna empezó a guardar cama tan sólo una semana antes de morir. El lunes día 2 de noviembre dejó de asistir a una reunión por encontrarse algo indispuesto y al día siguiente las noticias fueron alarmantes; pues los médicos diagnosticaron una obstrucción intestinal y la necesidad inmediata de la operación sin que respondieran, sin embargo, de los resultados a causa del grave estado en que se encontraba.

Al día siguiente y gracias a la intervención del Dr. Alfonso se inició una mejoría que fué aumentando hasta el viernes; en forma tal que el Dr. Roso de Luna llegó a exclamar que, de no oponerse la familia, se levantaría y haría la vida normal; pues se sentía perfectamente bien. Al día siguiente, sábado, recayó y el domingo por la tarde sufrió su enfermedad tan brusco cambio que se le vió decaer rápidamente y a las doce de la noche serena y tranquilamente desencarnó. 8/11-1931

Sin duda alguna—dicen nuestros amigos de Madrid—él presentía lo que iba a suceder, pues estuvo haciendo toda clase de observaciones a sus familiares, con respecto al caso de una probable desencarnación; les recomendó que no se vistieran de luto, ni le lloraran, pues al dejar su cuerpo físico le esperaba otra vida y otra labor.

Trató constantemente de animar a todos. A los amigos del Ateneo les dijo que ningún hombre era indispensable, que lo que uno hacía, otro también podía realizarlo, y que la mejor prueba de amor hacia él, era continuar su obra y superarle.

Se enterró su cuerpo en el cementerio civil. Le acompañó un buen número de teósofos, masones y espiritistas y el Sr. Barroso

en nombre de masones y teósofos hizo una breve y sentidísima alocución.

La enfermedad de nuestro Director.—La hora actual no es de júbilo precisamente para la S. T. mundial, y menos para la Sección Española. Los viejos paladines del ideal teosófico abandonan este mundo físico o ven considerablemente menguadas sus fuerzas bajo crueles dolencias. En este mismo número damos cuenta del tránsito de nuestro querido maestros Roso de Luna y del grave quebranto que ha sufrido la Sra. Besant en su salud. Y todavía nos queda por informar a nuestros lectores que D. Federico Climent Terrer, director de EL LOTO BLANCO, se ha visto aquejado por una dolorosa enfermedad que hizo necesaria una doble intervención quirúrgica. Afortunadamente, en la actualidad se halla muy aliviado de su dolencia y su cuerpo físico empieza a recobrar la lozanía y robustez que le permitían aparecer ante todo el mundo siempre radiante de optimismo y simpatía.

Hacemos votos para que esta recuperación sea rápida y efectiva y para que pronto pueda reintegrarse sin merma de sus espléndidas facultades a su fecunda labor de propagador de ideales.

La Escuela de Verano en Norte América. — La Sección Americana de la S. T. ha celebrado con éxito la Convención Anual y la Escuela de Verano en Wheaton, ciudad pacífica cerca de Chicago, donde tiene instalada la Sede Central y cuyo centro de inspiración y poder va afianzándose cada vez más.

Entre las actividades que en Wheaton se desarrollan, una de las que más se habían acariciado era la de organizar una Escuela de Verano, de dos meses de duración, para que los miembros consagrados al ideal pudieran asistir a ella y situarse más completamente al servicio de la Sociedad y de los Grandes Seres que la inspiran para hacer Su obra en el mundo externo. Este programa especial de la Escuela de Verano ha sido ya desarrollado en el Instituto de Wheaton, bajo la inspiradora influencia del doctor Arundale.

El nuevo curso tendrá lugar durante el verano de 1932, en los meses de junio y julio y será dirigido por el propio Dr. Arundale, si le es posible estar presente, como se espera. Mr. Geoffrey Hodson ha prometido asistir al mismo. L. W. Rogers, espera también poder dedicar algún tiempo y Mrs. Rukmini Arundale dedicará una hora diaria a los varios grupos que puedan estar interesados.

Impremta de Joan Sallent.—Sant Quirze, 32 i Jovellanos, 26, Sabadell

Teosofía y Sociedad Teosófica

La palabra *Teosofía* significa «Sabiduría divina». La Teosofía es a la vez una filosofía, una religión y una ciencia; pero, opuestamente a lo que muchos pueden creer, no es una religión nueva: es, por decirlo así, la síntesis de todas las religiones, el cuerpo de verdades que constituye el fondo de todas ellas.

La adhesión incondicional a la Verdad es su credo, y honrar toda verdad por los propios actos es su ritual.

Los miembros de la Sociedad Teosófica están ligados entre sí por sólidos lazos de mutuo respeto y amplia tolerancia, a la vez que por una aspiración única: la investigación de la Verdad donde quiera que se halle.

Estudiar, inquirir, trabajar con ahinco para llegar a la intuición verdadera, esto es, a la percepción clara y directa de la Verdad: he aquí el constante afán del teósofo. De ahí el lema adoptado por la Sociedad Teosófica: NO HAY RELIGIÓN SUPERIOR A LA VERDAD *(Satyât nâsti paro dharmah)*.

La Teosofía pone de manifiesto que, por la sencilla razón de que la Verdad no puede estar en pugna consigo misma, lejos de ser antagonista e incompatible la verdadera Ciencia con la verdadera Religión, reina entre una y otra la armonía más perfecta.

Ayudar a la investigación de la Verdad, aportar al mundo nuevas y sublimes enseñanzas, infundir en la mente ideas de altruísmo, abnegación y espíritu de sacrificio, poner fin a fanáticas intolerancias y enconados antagonismos, a odios inveterados de raza, clase y nacionalidad que acibaran la existencia, cimentar la sociedad humana sobre una firme base de paz y amor fraternal, acelerar la evolución del hombre fomentando su progreso intelectual y moral, elevar la humanidad, mediante el desarrollo de sus facultades más nobles, hasta un grado de perfección muy superior al que ahora tiene, en una palabra, hacer del hombre un superhombre, un ser semidivino: estos son los fines para que fué fundada la Sociedad Teosófica en Nueva York, el día 17 de Noviembre de 1875, por la veneranda H. P. Blavatsky y el coronel H. S. Olcott, cuyo actual Presidente es Mrs. Annie Besant, residente en Adyar (Madrás), India inglesa, donde está el Centro principal de la Sociedad, cuyas Ramas se han ido extendiendo rápidamente por todo el orbe.

Objetos de la Sociedad Teosófica

1.° Formar un núcleo de Fraternidad universal de la Humanidad, sin distinción de raza, creencia, sexo, casta o color.

2.° Fomentar el estudio comparativo de las religiones, literaturas y ciencias de los Arios y de otros pueblos orientales.

3.° Investigar las leyes inexplicadas de la Naturaleza y los poderes psíquicos latentes en el hombre. (Sólo una parte de los miembros de la Sociedad se dedica a este objeto).

La adhesión al primero de estos objetos es indispensable requisito para cualquiera que desee ingresar en la Sociedad Teosófica.

A ninguno de los aspirantes se le pregunta acerca de sus opiniones religiosas ni políticas; pero en cambio se exige a todos, antes de su admisión, la formal promesa de respetar las creencias de los demás miembros.

Libertad de pensamiento

Como quiera que la Sociedad Teosófica se ha difundido ampliamente por todo el mundo civilizado y cuenta en su seno con miembros de todas las religiones que no renuncian a los dogmas peculiares de su respectiva fe, conviene tener muy presente que ninguna doctrina ni opinión, sea quien sea quien la enseñe o mantenga, liga en modo alguno a ningún miembro de la Sociedad, pues todos son libres de aceptarlas o rechazarlas. El único requisito exigido para formar parte de la Sociedad Teosófica es la aceptación de sus tres objetos. Ningún instructor ni tratadista, desde H. P. Blavatsky abajo, tiene autoridad para imponer sus enseñanzas u opiniones a los miembros. Todos los miembros tienen igual derecho para adherirse al instructor o a la escuela filosófica de su elección; pero no tiene derecho para forzar a otro a que abrace la misma opinión. A ningún miembro de la Sociedad Teosófica se le puede negar el derecho de voto y el de ser candidato a los cargos oficiales por causa de las opiniones que mantenga o de la escuela filosófica a que pertenezca, pues las opiniones y creencias no confieren privilegios ni infligen penas. Los miembros del Consejo General ruegan encarecidamente a todos los miembros de la Sociedad Teosófica que mantengan y defiendan estos fundamentales principios de la Sociedad, que obren de conformidad con ellos y sin temor alguno ejerzan su derecho de libertad de pensamiento y el de su consiguiente expresión, dentro de los límites de la cortesía y consideración a los demás.